La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

EL PLANETA DE LOS CENTAUROS

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

EL PLANETA DE LOS CENTAUROS

Joseph Berna

CIENCIA FICCION





ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

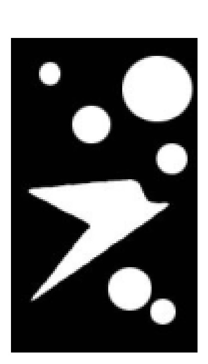
587 — Motín en el espacio. *A. Thorkent.*

1. — La amenaza de Ak'Ton. *Glenn Parrish.* .
2. — Guerra entre los dioses. *Ralph Barby.*
3. — Mar galáctico. *Lou Carrigan.*
4. — ¿Quién compra un planeta? *Clark Carradas.*

JOSEPH BERNA

EL PLANETA DE LOS CENTAUROS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 592
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84 02 02525-0

Depósito legal: B. 32.432-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: diciembre, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

Año 2069.

La «Meteor-V», astronave terrestre dedicada a la exploración del Cosmos, surcaba el espacio sideral, muy lejos ya del Sistema Solar, pese a que había partido de la Tierra hacía apenas siete días.

Y es que la «Meteor-V» estaba capacitada para desarrollar velocidades realmente fantásticas. Propulsada por varios reactores nucleares, su proceso de aceleración era constante y ahora, a los siete días de viaje, cruzaba los espacios infinitos como un auténtico meteoro.

La tripulación estaba compuesta por veinticuatro personas. Catorce hombres y diez mujeres, todos ellos de edades comprendida entre los veintidós y los cuarenta años.

Lucijano Zebec, comandante de la «Meteor-V», no admitía en su astronave tripulantes demasiado jóvenes, por considerarlos inexpertos, ni demasiado mayores, porque dudaba de sus facultades físicas y mentales, aunque presentasen el mejor de los informes médicos.

El comandante Zebec contaba treinta y cuatro años de edad, y era un hombre alto, fuerte, corpulento, de pelo negro y facciones duras, enérgicas, no demasiado agradables.

Tampoco su carácter resultaba agradable, pues se enfadaba por nada y gritaba a los miembros de su tripulación, sin importarle que fueran hombres o mujeres.

Ni que decir tiene que el comandante Zebec no despertaba las simpatías de los componentes de la tripulación, aunque no por eso dejaban de reconocer que era uno de los más expertos e inteligentes

astronautas que existían en la Tierra.

El mejor de todos, tal vez.

Quizá por eso desde el primer momento, las autoridades terrestres le confiaron el mando de la «Meteor- V», la astronave más veloz y poderosa jamás construida.

Con una astronave como la «Meteor-V» y un comandante como Lucijano Zebec, podía llevarse a cabo con éxito cualquier misión espacial, por difícil y peligrosa que fuera,

Rex Taylor, teniente de graduación y segundo de a bordo, era también un magnífico astronauta. Tenía veintiocho años, el pelo castaño, y las facciones simpáticas. Era de estatura similar a la del comandante Zebec, aunque menos corpulento pero igualmente fuerte y vigoroso.

El carácter del teniente Taylor era totalmente distinto al de Lucijano Zebec, ya que se trataba de un tipo alegre, risueño, cordial, y por eso gozaba de las simpatías de todos los miembros de la tripulación.

Especialmente, de las mujeres.

Una de ellas era nueva en aquel viaje.

Se llamaba Tania Silova, tenía veinticuatro años, el cabello rubio, los ojos muy azules, una boca preciosa y un cuerpo maravilloso.

Rex Taylor se sintió atraído hacia ella desde el primer momento, pero, en los siete días que llevaban de viaje, no había conseguido nada de Tania Silova.

Y no porque no lo hubiese intentado...

Pero ella, aunque siempre con la sonrisa en los labios, y a veces hasta riendo divertida, le rechazaba en todas la ocasiones.

Rex Taylor, sin embargo, no arrojaba la toalla, como suele decirse en términos boxísticos. Se había propuesto conquistar a la hermosa Tania e insistiría tenazmente hasta conseguirlo.

Con esa idea, acudió al camarote de Tania Silova, aquella noche, la séptima que iban a pasar lejos de la Tierra.

La muchacha le abrió envuelta en una corta bata dorada, muy

brillante y ligera, bajo la cual se dibujaban provocativamente sus jóvenes y enhiestos senos, cuyas puntas parecían querer rasgar el tejido y asomarse al exterior.

Los ojos de Rex Taylor, sin embargo, no se posaron en el descarado busto de Tania Silova, sino en sus largas y hermosas piernas, que eran un verdadero prodigio de la perfección.

—Oh, es usted, teniente Taylor... —sonrió suavemente la muchacha.

Rex alzó la mirada y la posó en el bello rostro femenino.

—Sí, soy yo.

— ¿Desea alguna cosa?

—Hablar contigo, Tania.

—Le escucho, teniente.

—Conversaremos más tranquilamente en tu camarote, ¿no crees?

—Quizá, pero...

—Por favor, déjame entrar.

—No me fío de usted, teniente Taylor.

—Te doy mi palabra de que no intentaré nada.

—La última vez que nos vimos ya intentó usted besarme.

—Porque me gustas una barbaridad, Tania.

—Todas las mujeres de la tripulación le gustan.

—Tanto como tú, ninguna.

— ¿Por qué no se va a dormir, teniente?

— ¿Para qué, si sé que no voy a poder pegar ojo?

— ¿Padece insomnio?

—Estoy enamorado, Tania.

— ¿De quién?

—De la mona «Chita».

La carcajada de Tania Silova brotó espontánea.

—Eso ha tenido gracia, teniente Taylor.

Rex le cogió las manos y se las apretó con suavidad.

—Es que hiciste una pregunta tonta, Tania. Estoy enamorado de ti, y tú lo sabes.

—Suélteme las manos, teniente.

—No hay caricia más pura e inocente que ésta.

—Tal vez, pero es que se empieza por coger las manos, y se acaba cogiendo todo lo demás.

—No voy a negar que me muero de ganas por coger otras cosas —los ojos del segundo de a bordo se posaron un instante en los erectos pechos de Tania—, pero tengo una gran fuerza de voluntad y sabré contenerme aunque me dejes entrar en tu camarote, te lo prometo.

—Está bien, pase —accedió la muchacha, con una sonrisa—. Pero le advierto que, como falte a su promesa, le echaré en seguida, teniente Taylor.

—Que me quede manco si intento tocarte algo más que las manos, Tania.

La hermosa rubia volvió a reír.

—Vamos, entre —dijo, haciéndose a un lado.

—Dios te lo pague.

—Dios no me debe nada.

—Entonces, te lo pagaré yo —dijo Rex, y le dio un rápido y fugaz beso en los labios.

Tania frunció el ceño.

—Acaba de romper su promesa, teniente Taylor.

— ¡Al contrario! Con este beso tan puro e inocente, acabo de demostrarte que no tienes nada que temer de mí.

—Para usted todo es puro e inocente.

— ¿Acaso no es verdad? Te he dado un beso de hermano, Tania.

—Mi hermano me besa en la mejilla.

—Tu hermano es tonto.

— ¿Cómo ha dicho?

Rex Taylor tosió.

—Cierra la puerta, Tania, que hay corriente.

—Lo que hay es un caradura. Y se ha colado en mi camarote.

—No me he colado, me diste permiso para entrar.

—Empiezo a arrepentirme.

—Si supiera que eso es cierto, me iría ahora mismo.

—Pues ya se puede ir, porque lo es.

—No, sé que no estás enfadada conmigo, Tania. En el fondo te caigo bien.

—Sí, pero temo que me caiga encima.

—Tania, por favor...

—Usted quiere acostarse conmigo, teniente Taylor.

Rex tosió de nuevo.

—Bueno, no voy a ocultar que eso me haría muy feliz, sí, pero...

—Si desea dormir con una mujer, búsquese otra. Yo prefiero dormir sola.

—No quisiera parecerte presuntuoso, Tania, pero si deseara acostarme con otra mujer tendría donde elegir.

—Lo sé, teniente. Casi todas las mujeres de la tripulación están locas por usted.

—Es verdad. He hecho el amor con la mayoría de ellas. Sin embargo, desde que te conocí a ti…

—Sólo desea hacerlo conmigo, ¿eh?

—Sí, pero no me corre prisa. Por el momento me conformo con verte, con hablarte, con sentirme cerca de ti…

—No tan cerca, teniente Taylor, o me veré obligada a darle una bofetada.

Rex, que había rodeado la cintura de Tania con sus brazos, atrayendo a la muchacha hacia sí, vaciló al ver que ella levantaba la mano, como muy decidida a estrellársela en la cara.

—Tania… —murmuró.

— ¿Qué?

— ¿Serías capaz de abofetear al hombre que te ama?

—Que dice que me ama.

— ¿Acaso lo dudas?

—Naturalmente que lo dudo. Lo más probable es que sólo se trate de un engaño para conseguir que yo ceda y le permita compartir mi litera siempre que le apetezca.

— ¿Y si yo te jurara qué…?

—Será mejor que no jure nada, porque eso no me hará cambiar de opinión.

—Sigues sin fiarte de mí, ¿eh?

—Así es.

Rex Taylor exhaló un suspiro de resignación y soltó el talle femenino, sorprendiendo no poco a Tania Silova.

—Está bien, sigue desconfiando —dijo, y dio un paso hacia la puerta.

— ¿Se marcha, teniente Taylor?

—Sí, creo que es lo mejor.

— ¿Está enfadado?

—No; enfadado, no. Sólo un poco triste, por no haber sabido convencerte de que no trato de conseguirte con malas artes, sino honesta y sinceramente, porque lo que siento por ti es auténtico y verdadero, Tania. Confío en que algún día te des cuenta. Sabré esperar pacientemente. Que descanses.

Rex Taylor se dispuso a abrir la puerta, pero Tania Silova lo cogió del brazo.

—Espere, teniente.

— ¿Tienes algo que decir, Tania?

—Que pedir, más bien.

— ¿Qué es lo que quieres pedirme?

—Que me estreche entre sus brazos y me bese con pasión.

Rex parpadeó, incrédulo.

—Tania...

— ¿No quiere hacerlo?

—Me derrito de ganas, pero temo que después me des tal bofetada que no vuelva a crecerme el pelo en ese lado de la cara.

Tania Silova sonrió deliciosamente.

—Si el abrazo y el beso son sinceros, yo sabré darme cuenta y no habrá bofetada. Pero como me dé cuenta de lo contrario, eso de que no volverá a crecerle el pelo en la mejilla abofeteada será una realidad.

Rex Taylor también sonrió.

—Estoy tan seguro de mis sentimientos, que no me importa correr el riesgo —repuso, rodeándola ya con sus brazos.

Un instante después, la besaba en los labios apasionadamente.

La hermosa Tania se entregó también de lleno a la caricia, después de cercar el cuello masculino con sus brazos.

El abrazo de Rex se volvió más apretado, más intenso, más vehemente.

Tania se dejó estrujar, complaciéndole el vigor y la energía que demostraban poseer los brazos del segundo de a bordo. También le encantaba su forma de besar, y por eso ella devolvía con agrado la apasionada caricia.

De pronto, y cuando ya casi estaban a punto de separar sus bocas, faltos los dos de aire, la «Meteor-V» sufrió una violenta sacudida, acompañada de un estruendo ensordecedor, como si una parte de la astronave hubiese estallado en pedazos.

CAPITULO II

Rex Taylor y Tania Silova se vieron lanzados violentamente contra el suelo, rodando como pelotas por el piso del camarote.

Y es que otras sacudidas sucedieron a la primera, igualmente terribles y asimismo acompañadas de enormes estruendos.

El teniente Taylor adivinó que la «Meteor-V» se había visto sorprendida por una lluvia de meteoritos, algunos de los cuales estaban chocando contra la estructura de la astronave.

La cosa era grave pues, si bien no parecía probable que tos impactos de los meteoritos pudiesen dañar seriamente el fuselaje de la «Meteor-V», dada su extraordinaria solidez, sí podían causar importantes averías en el sistema eléctrico, inutilizando buena parte

de los complejos aparatos que resultaban totalmente imprescindibles para el normal funcionamiento de la astronave.

También algunos de los miembros de la tripulación podían resultar seriamente lastimados, si continuaban las violentas sacudidas de la astronave, pues lógicamente se estarían viendo lanzados de un lado para otro, rebotando en las paredes como si fuesen muñecos de goma.

Y ése era el problema, que no eran muñecos de goma, sino personas de carne y hueso, y podían romperse desde un simple dedo hasta el espinazo.

Rex Taylor, consciente de ello, se agarró con fuerza a una de las patas de la litera, aprovechando un momento en que habla ido a parar debajo de ella.

Tania Silova no tuvo esa suerte y siguió rodando por el suelo del camarote y propinándose trompazos contra las paredes o contra el escaso mobiliario.

Si la situación no hubiese sido tan dramática, el espectáculo habría resultado incluso divertido para Rex Taylor ya que Tania Silova, al dar vueltas y más vueltas por el piso del camarote, y hasta alguna que otra voltereta, mostraba, muy a su pesar, todos sus encantos de mujer joven y esbelta.

Sí, porque debajo de la corta y brillante bata dorada, no llevaba prenda alguna. Cuando Rex Taylor llamó a su camarote, ella se encontraba en el baño, a punto de darse una ducha, así que se enfundó la sugestiva bata sobre su cuerpo desnudo y acudió a abrir.

De haber sospechado lo que iba a ocurrir, se hubiese puesto al menos un pantaloncito para proteger lo de «delante» y parte de lo de «atrás» de las miradas del segundo de a bordo.

Como no había sido así, ahora todo estaba bien a la vista.

Claro que dadas las circunstancias, Tania Silova ni siquiera se acordaba de que debajo de la bata no llevaba nada, pues bastante tenía ella con protegerse la cabeza cada vez que su cuerpo se estrellaba contra alguna de las paredes.

En honor a la verdad, hay que decir que Rex Taylor tampoco se fijaba demasiado en las cosas que, involuntariamente, le mostraba la muchacha.

Sólo pensaba en ayudarla.

En evitar que siguiera propinándose golpes antes de que se rompiera algún hueso. O la cabeza, que aún sería peor.

Una de las veces que Tania Silova pasó por delante de la litera, rodando como una alfombra enrollada, Rex Taylor disparó su mano derecha, consiguiendo agarrar la bata de ¡a muchacha, justo la parte que debía cubrir su lindo trasero, que en aquel momento no le cubría más abajo de la cintura.

Tania quedó frenada en el acto, de espaldas a Rex.

Este dio un fuerte tirón y se atrajo a la joven hacia él.

Tania vio cómo su bata se abría totalmente y entonces recordó que no llevaba encima más prenda que aquélla, apresurándose a cubrirse los pechos con un brazo y su intimidad con el otro, sin proferir la menor exclamación de protesta.

La muchacha comprendía que Rex Taylor sólo trataba de ayudarla, de evitar que se partiera la crisma contra alguna de las paredes del camarote.

Rex soltó la bata de Tanta, pero, una fracción de segundos después, le rodeaba la cintura con su brazo, fuertemente, y gritaba:

— ¡Agárrate a mi, Tania!

La joven vaciló pues, para agarrarse de Rex Taylor, tenía que dejar forzosamente de cubrir sus encantos más íntimos. Pero, finalmente obedeció.

Era preferible mostrar su cuerpo desnudo al segundo de a bordo, a romperse la cabeza, lo cual podría suceder si Rex Taylor no conseguía retenerla junto así con un solo brazo y la soltaba, muy a su pesar.

Tania Silova hizo girar su cuerpo, quedando de cara al teniente Taylor, a cuyo cuello se agarró inmediatamente, con mucha fuerza, quedando literalmente pegada a él.

Rex Taylor la sujetaba ahora por la espalda, mientras que con su mano izquierda seguía férreamente cogido a la pata de la litera.

La astronave seguía viéndose brutalmente zarandeada cada vez

que un meteorito la encontraba en su camino y los estruendos se sucedían.

Tania Silova, muy asustada, gritó:

— ¡Esto es terrible, teniente!

— ¡Estamos soportando una lluvia de meteoritos! ¡Espero que pase pronto!

— ¡No me suelte usted, por favor!

— ¿Soltarte, con las ganas que tenía yo de sentirme cerca de ti? —sonrió Rex.

Tania se ruborizó ligeramente.

—Más cerca ya no me puede tener. Ni más desnuda tampoco.

—No pienses en eso. Te aseguro que yo tampoco lo hago.

—Gracias.

— ¿Estás bien? ¿No tienes ningún hueso roto?

—Creo que no, aunque me duelen casi todos.

—Es natural, después de tanto trompazo. A mí también me duelen y eso que yo me di menos golpes que tú.

—Si no llega a cogerme usted, teniente Taylor, hubiera terminado desnucándome. Gracias por haberlo evitado.

—Me gustas demasiado para dejarte morir —aseguró Rex.

Y. como tenía tan cerca el rostro de Tania, le dio un beso en los labios.

Ella le sonrió.

—No se aproveche, teniente.

—Si quisiera aprovecharme, no tendría más que bajar la mano unos centímetros. Alcanzaría lo que tú sabes.

—Mi trasero desnudo.

—Exacto.

—Si pone su mano ahí, se quedará manco. Recuerde que usted mismo lo dijo: «Que me quede manco si intento tocarte algo más que las manos, Tania».

Rex rió.

—Sí, es verdad que lo dije. Pero no temas, nunca he tenido intención de aprovecharme de ti. Por cierto, no me has dicho si mi abraco y mi beso te parecieron sinceros.

Tania sonrió de nuevo.

—Si, me parecieron bastante sinceros.

— ¿Quiere eso decir que ya te fías de mí?

—Mucho más que antes.

—Me das una gran alegría, Tania —aseguró Rex, y le dio un nuevo beso en los labios.

Tras la caricia, Rex Taylor y Tania Silova se dieron cuenta de que la astronave había dejado de sufrir terribles sacudidas, aunque seguía moviéndose, pero sólo porque acusaba los efectos de los numerosos impactos que había recibido.

Lo peor había pasado ya.

Eso, al menos pensaban Rex y Tania.

Pero estaban equivocados.

Lo peor aún no había sucedido.

Y, fatalmente, iba a suceder muy pronto.

CAPITULO III

Rex Taylor, sin soltar la cintura de Tania Silova, murmuró:

—Parece que la lluvia de meteoritos ha pasado ya. —Sí, hace ya un par de minutos que la astronave no sufre nuevos impactos —repuso la muchacha.

— ¿Nos arriesgamos a ponernos en pie?

—Bueno.

El teniente Taylor retiró su brazo de la cintura femenina para que Tania Silova pudiera separarse de él.

Tania soltó el cuello de Rex y, al propio tiempo que se apartaba del segundo de a bordo, se cerraba nerviosamente la bata, cubriendo su total desnudez.

Pese a que lo hizo con mucha rapidez, Rex Taylor aún tuvo tiempo de admirar sus preciosos senos, cuya dureza había podido constatar poco antes, cuando Tania Silova estaba materialmente pegada a él, presionándole las costillas con sus pechos desnudos.

Rex sonrió y dijo:

—Posees un cuerpo maravilloso, Tania.

—Yo no quería enseñárselo, que conste —rezongó ella, enrojeciendo perceptiblemente.

—Benditos meteoritos, pues.

—Sinvergüenza.

Rex Taylor rió y se puso en pie.

Tania Silova también se irguió.

La «Meteor-V» seguía temblando, aunque muy ligeramente.

De pronto, el pequeño transmisor con pantalla de televisión que llevaba Rex Taylor al cinto, como el resto de los miembros de la tripulación, empezó a emitir un zumbido intermitente.

Era la señal de llamada,

Rex tomó rápidamente el transmisor y pulsó un botoncito verde.

Al instante, el zumbido cesó y la minúscula pantalla de televisión se iluminó, apareciendo en ella la dura imagen de Lucijano Zebec, comandante de la «Meteor-V».

— ¡Taylor! —gritó.

— ¿Se encuentra usted bien, comandante?

—No, pero eso es lo de menos. ¿Dónde está usted, teniente?

Rex miró un instante a Tania Silova.

La muchacha, con el gesto, le rogó que no dijera al comandante Zebec que se encontraba en el camarote de ella.

Rex volvió a fijar su mirada en la pequeña pantalla y respondió:

—Estoy en mi camarote, comandante.

— ¿Tiene las piernas rotas?

—No, afortunadamente.

— ¡Entonces, corra hacia aquí!

— ¿Dónde está usted, comandante?

— ¡En el puente de mando!

—Vuelo hacia ahí, comandante.

— ¡De prisa, Taylor! ¡La cosa es grave!

—Estaré en el puente en un minuto.

Lucijano Zebec cortó la comunicación.

Rex Taylor pulsó otro botón y la pantallita se apagó.

Mientras devolvía el transmisor al cinto, miró a Tania Silova y

dijo:

—Ya lo has oído, Tania. Tengo que acudir velozmente al puente de mando. Parece que tenemos problemas. Serios problemas.

—Me vestiré rápidamente y acudiré también al puente —respondió la muchacha.

—Nos veremos allí.

Rex Taylor la besó fugazmente en los labios y salió del camarote.

Corrió hacia el puente de mando.

Por el camino, se tropezó con algunos de los miembros de la tripulación. Casi todos ellos estaban lastimados, de mayor o menor gravedad; pero, al menos, seguían con vida.

Rex Taylor alcanzó el puente.

Allí, junto a Lucijano Zebec, estaban los seis miembros de la tripulación que prestaban servicio en el puente de mando en el momento en que la lluvia de meteoritos alcanzó a la «Meteor-V»

Se trataba de cuatro hombres y dos mujeres.

Dos de los hombres yacían tendidos en el suelo, inmóviles y con los ojos cerrados. Una de las mujeres sollozaba, mientras se agarraba el brazo izquierdo, aparentemente roto.

El comandante Zebec, que cojeaba sensiblemente de su pierna derecha, y los otros tres miembros de la tripulación, también lastimados, aunque en condiciones de seguir realizando su trabajo, se esforzaban por controlar los complejos aparatos electrónicos instalados en el puente, pero no lo conseguían, porque la mayoría de ellos estaban averiados.

Al ver aparecer a Rex Taylor, Lucijano Zebec rugió:

— ¡Hemos perdido el control de la astronave, Taylor! ¡Viajamos sin rumbo fijo, a la buena de Dios! ¡Los mandos no responden, parecen bloqueados! ¡Corremos el peligro de estrellarnos si hallamos en nuestro camino algún planeta, satélite o asteroide!

Rex corrió hacia él y accionó los mandos, comprobando que, efectivamente, no obedecían.

— ¡Malditos meteoritos! —barbotó.

— ¡El fuselaje de la astronave no ha resultado daña do, pero sí muchos de los aparatos! —dijo Zebec—, ¡Y las averías son muy serias!

— ¡Tenemos que conseguir que vuelvan a funcionar con normalidad, comandante! ¡Y pronto!

— ¡Intentémoslo, Taylor!

Lucijano Zebec y Rex Taylor procedieron a desmontar los sofisticados aparatos para localizar las averías y subsanarlas, si ello era posible.

Ambos entendían mucho de electrónica, pero, aun así, sospechaban que no sería fácil recuperar el control de la astronave hasta pasadas algunas horas, porque había demasiadas cosas que arreglar.

Y, en ese tiempo, podía pasar de todo.

* * *

Mientras el comandante Zebec y el teniente Taylor se afanaban por reparar las numerosas averías, el puente de mando se fue llenando de gente.

Los que habían salido mejor parados de las terribles sacudidas de la astronave se ocupaban de los otros, de los que ofrecían lesiones más importantes.

Paul H. Kurrat, médico de a bordo, se veía obligado a multiplicarse, cerrando heridas, encajando huesos, y atendiendo contusiones.

Tania Silova era quien más ayudaba al doctor Kurrat, pues tenía conocimientos de medicina, y resultaba una enfermera muy eficaz.

Afortunadamente, el doctor Kurrat había salido prácticamente ileso de la serie de violentas sacudidas, y ahora podía rendir al máximo en sus funciones, de médico.

La sensible cojera de! comandante Zebec se debía a una fuerte contusión en la rodilla, pero no permitió que el doctor Kurrat se la atendiera, al cual casi apartó de un empujón, cuando se acercó a él con intención de curarle el doloroso golpe.

— ¡Ocúpese de los otros heridos, doctor! ¡Yo no tengo tiempo!

—Pero...

— ¡Obedezca, maldita sea!

—Está bien, allá usted —respondió el médico, enfadado, y se alejó.

Rex Taylor miró un instante a Lucijano Zebec.

Como muchas otras veces, sintió deseos de darle un puñetazo en toda la cara, porque aquélla no era forma de tratar a los miembros de la tripulación, y menos, al doctor Kurrat, excelente médico y mejor persona aún.

Sin embargo, y como solía ocurrir siempre, Rex Taylor supo contenerse, porque él era solamente el segundo de a bordo y no podía pegarle a todo un comandante.

Si lo hacía, quedaría automáticamente suspendido de sus funciones, y, cuando regresasen a la Tierra, sometido a juicio por un Tribunal Militar, cuya sentencia sería muy dura, sin ningún género de dudas.

Por eso se contenía Rex Taylor.

Quería seguir explorando el Cosmos.

Y quería" seguir haciéndolo bajo las órdenes de Lucijano Zebec, a pesar del mal carácter de éste, porque también él lo consideraba el mejor de los astronautas y deseaba seguir aprendiendo cosas de él.

Lástima que Zebec no supiera tratar mejor a los hombres y mujeres que estaban bajo su mando. Si lo hiciera, los miembros de la tripulación, además de la profunda admiración que ya sentían por él, sentirían también afecto y simpatía.

Una pena que no fuera así.

Rex Taylor procuró olvidar el mal trato que acababa de recibir el doctor Kurrat por parte del comandante Zebec y reanudó su trabajo.

Había que reparar las averías.

Había que recuperar el control de la astronave.

Las vidas de todos dependían de ello.

* * *

La suerte, sin embargo, no acompañó a la tripulación de la «Meteor-V», ya que, tan sólo unos minutos después de que el comandante Zebec gritara al doctor Kurrat, un pequeño planeta aparecía en el camino que tan alocadamente había tomado la astronave a causa de los numerosos impactos recibidos mientras atravesaba la lluvia de meteoritos.

La «Meteor-V» iba directamente hacia él.

Si no ocurría un milagro, la astronave terrestre se estrellaría inexorablemente contra aquel pequeño y, por el momento, desconocido mundo.

Era sólo cuestión de minutos.

Lógico, pues, que el terror se apoderara de los miembros de la tripulación de la «Meteor-V».

Milagros ocurren tan pocos…

CAPITULO IV

En medio del pánico general, el comandante Zebec y el teniente Taylor, intentaron desesperadamente variar el rumbo de la «Meteor-V» para evitar la colisión, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

Los mandos se negaban a obedecer.

Seguían bloqueados.

Y seguirían así mientras no fuesen reparadas las averías causadas por los meteoritos.

La astronave se acercaba velozmente al planeta.

El pequeño mundo estaba ya muy próximo.

No quedaba tiempo para reparar ninguna avería.

La catástrofe parecía inevitable.

No existía modo humano de impedir que la «Meteor-V» se estrellara contra la superficie del planeta.

Algunos miembros de la tripulación encomendaron sus almas a Dios.

Tres de las mujeres se pusieron a chillar histéricamente.

Otras dos se desmayaron.

Otro miembro femenino de la tripulación sintió de pronto la acuciante necesidad de ir al servicio, pero ni siquiera lo intentó, porque no había tiempo.

Se limitó a apretar las piernas.

Después cerró los ojos.

No tenía valor para presenciar el momento de la colisión, que iba a ser terrible, dada la velocidad de la astronave.

En vista de que no había manera de desviar el rumbo de la «Meteor-V», Rex Taylor se avalanzó sobre el mando que ponía en funcionamiento los cohetes de frenado.

No tenía muchas esperanzas de que dicho mando no estuviese también bloqueado, pero...

Lo accionó.

Los retrocohetes no se encendieron.

El mando, por desgracia, tampoco obedecía.

— ¡Maldita sea! —rugió Rex Taylor, desesperado, y siguió accionando el mando.

Repetidamente.

Con rabia.

Con furia.

De pronto, los cohetes de frenado se encendieron.

¡El mando funcionaba!

¡Había dejado de estar bloqueado!

¡Ahora respondía perfectamente!

Rex Taylor lanzó un aullido de alegría.

Sabía no obstante, que no quedaba tiempo material para que los retrocohetes frenasen la astronave antes de que ésta alcanzara el pequeño planeta.

¡Pero sí podían reducir considerablemente su velocidad!

¡El choque ya no sería tan terrible!

¡Y la «Meteor-V» lo resistiría!

¡Podían salvarse todos!

— ¡Los cohetes de frenado están funcionando, comandante! —gritó Rex Taylor.

El duro rostro de Lucijano Zebec se iluminó.

— ¡Bravo, Taylor! ¡Eso evitará la catástrofe!

— ¡Seguro!

El comandante Zebec se volvió hacia los miembros de su tripulación.

— ¡Que todo el mundo se agarre donde pueda! ¡Y que se agarre fuerte!

Hombres y mujeres se apresuraron a obedecer, con la esperanza reflejada en sus rostros. Los que se hallaban en mejores condiciones físicas, ayudaron a los otros.

En sólo unos segundos, iodos estuvieron bien sujetos.

El comandante Zebec y el teniente Taylor se habían sentado frente a los mandos y ya se estaban abrochando los cinturones de seguridad, quedando sólidamente amarrados a sus respectivos sillones.

Faltaba muy poco ya para que la «Meteor-V» se estrellara contra la superficie del planeta.

Un planeta montañoso, con grandes bosques y también amplias zonas desérticas.

Los retrocohetes seguían reduciendo la velocidad de la astronave, pero, aun así, el choque sería muy violento. Especialmente, si se producía contra una montaña.

Por fortuna, la «Meteor-V» iba directamente hacía un bosque.

Las ramas de los árboles amortiguarían el choque.

En el último instante, sin embargo, la suerte aún quiso sonreír más ampliamente a la tripulación de la «Meteor-V».

Sí porque, en el centro del bosque, había un hermoso lago, no demasiado extenso, pero sí lo suficiente como para recibir el impacto de la astronave terrestre y permitir que ésta diera varios saltos sobre sus azules y serenas aguas antes de quedar frenada entre los árboles más próximos al lago.

Y así sucedió.

La «Meteor-V» tuvo su primer y más duro contacto con el planeta allí, en las tranquilas aguas de aquel precioso lago, en donde rebotó repetida y espectacularmente, hasta salirse finalmente de él y quedar incrustada entre los árboles, donde llegó ya sin fuerza, frenada por las aguas del lago.

Aun así, derribó varios árboles antes de quedar totalmente quieta entre ellos.

Los miembros de la tripulación no habían sufrido daño alguno y, al ver que la astronave quedaba quieta, empezaron a abrazarse unos a otros, dando gritos de alegría, lanzando exclamaciones de júbilo, incluso llorando emocionadamente.

Lucijano Zebec miró a Rex Taylor.

—Lo conseguimos, teniente —dijo, sonriente.

Rex también sonrió.

—Sí, comandante. Lo conseguimos.

—Gracias a usted.

—No; gracias a mí, no. Gracias a Dios, que en el último momento permitió que los retrocohetes pudieran encenderse y luego puso este hermoso lago en nuestro camino, para que sus aguas amortiguaran la violencia del choque.

—En cualquier caso, estamos vivos.

—Si, comandante. Y eso es lo importante.

Se desabrocharon los cinturones de seguridad y se levantaron de los sillones.

Al apoyarse en su pierna lastimada. Lucijano Zebec dio un grito y se encogió, agarrándose la rodilla.

—Maldita pierna... —rezongó.

—Deje que le atienda el doctor Kurrat, comandante. Apenas puede usted caminar.

—Si, me duele mucho, la condenada... ¡Doctor Kurrat!

El médico le estaba mirando, pero no se movió de donde estaba.

Seguía enfadado por lo de antes.

No obstante, respondió a la llamada de Zebec.

— ¿Sí, comandante?

— ¡Venga aquí y atiéndame esta maldita rodilla!

— ¿Ya tiene tiempo?

— ¡Si, condenación!

El doctor Kurrat se acercó, serio.

Rex Taylor miró significativamente al médico como diciéndole: «Paciencia, doctor».

Lucijano Zebec había vuelto a sentarse en el sillón.

El .doctor Kurrat le quitó la bota, le subió la pernera del traje espacial, y descubrió su rodilla. Una rodilla enrojecida, muy hinchada, en la que se apreciaba claramente el duro golpe recibido.

—Hum... —murmuró.

— ¿Por qué dice «hum», doctor? —gruñó Zebec.

—No me gusta nada su rodilla, comandante.

—Seguro que a mí tampoco me gustaría la suya, si me la enseñara.

—Lo que quiero decir, es que...

—Sé lo que quiere decir, doctor Kurrat, y no me interesa oírlo. Lo que tiene que hacer, es ocuparse de mi rodilla. Bonita o fea.

—Sí, comandante —rezongó el médico.

— ¡Ay! —gritó Zebec, dando un saltito en el sillón.

Las pupilas del doctor Kurrat brillaron burlonamente.

— ¿Qué le pasa, comandante?

— ¡Que me hace daño, eso es lo que me pasa!

—Lo siento, pero es inevitable.

— ¿No puede tocarme la rodilla con más cuidado?

—Ya lo hago.

— ¿Seguro?

—Le doy mi palabra.

—Está bien, continúe —gruñó Zebec.

El doctor Kurrat siguió con la cura.

Lucijano Zebec se quejó varias veces más, porque realmente estaba viendo las estrellas, aunque no se encontrase en el espacio sideral en aquel momento.

El doctor Kurrat miró un instante a Rex Taylor, a quien guiñó fugazmente el ojo.

El segundo de a bordo entendió y no pudo reprimir una sonrisa.

Celebraba que el doctor Kurrat se estuviese vengando un poco del comandante Zebec.

De pronto los ojos de Rex Taylor se encontraron con los de Tania Silova.

Ella le sonrió.

Rex dejó al comandante Zebec en manos del doctor Kurrat y fue hacia la muchacha La cogió suavemente de los brazos y preguntó:

— ¿Estás bien, Tania?

—Perfectamente, teniente Taylor. ¿Y usted…?

—También.

—Me alegro mucho.

—Estamos vivos de milagro, ¿eh?

—Así es.

—Hubiera sido una lástima morir, sin que tú y yo…

—Por favor, no hable de eso aquí, teniente —rogó Tania—. Podría oírle alguien.

—No me importaría gritar que estoy loco por ti.

Tania Silova sonrió, visiblemente halagada

Sin embargo, pidió:

—Calle, se lo ruego.

— ¿Prefieres que te lo diga al oído, muy bajito, cuando estemos a solas?

—Si, lo prefiero.

—Espero que sea pronto.

—Yo también.

En aquel momento, se escuchó la voz de Lucijano Zebec:

— ¡Taylor!

Rex soltó los brazos de Tania Silova y se volvió.

— ¿Sí, comandante…?

— ¡Venga aquí!

—A la orden

Rex dedicó una sonrisa a Tania y se separó de ella para regresar junto a Lucijano Zebec, que seguía sentado y con la rodilla lastimada al aire.

— ¿Va mejor su rodilla, comandante?

— ¿Mejor?… ¡Mucho peor! —barbotó Zebec, mirando furioso al doctor Kurrat.

— ¿Cómo es eso? Lo normal sería que después de la cura…

— ¡El doctor Kurrat no me ha estado curando, me ha estado torturando!

—No puedo creerlo —dijo Rex, conteniéndose la risa.

El doctor Kurrat, esforzándose también para no reír, explicó:

—La cura, efectivamente, ha sido dolorosa. Pero no tanto como el comandante asegura, teniente. Lo que pasa es que es un quejica.

Zebec se agarro furiosamente al sillón.

— ¿Quién, yo…? ¿Quejica, yo…? ¡Y un cuerno!

—Se ha quejado mucho, comandante,

—! Porque es usted un manazas, doctor!

—Me considero un buen médico Y debo serlo, cuando usted me admitió a sus órdenes.

Zebec pegó un manotazo al aire.

—Está bien, no quiero discutir. Me ha hecho usted rabiar, pero eso ya ha pasado. Lárguese a martirizar a otro y déjeme hablar con el teniente Taylor.

—Muy bien, comandante. Pero hable sentado con él. No le conviene ponerse en pies. Y, mucho menos, caminar. Si no sigue mi consejo, la rodilla se le pondrá tan gorda como su cabeza.

— ¡Yo no tengo la cabeza gorda! ¡La tengo normal!

El doctor Kurrat carraspeó.

—No sea usted tan susceptible, comandante. Sólo trataba de hacer una comparación, nada más.

— ¡Lo que tiene que hacer es apartarse de mi vista!

—Sí, comandante.

El doctor Kurrat se alejó no sin antes guiñarle el ojo disimuladamente a Rex Taylor, quién contenía a duras penas la risa.

Lucijano Zebec soltó un gruñido y se bajó la pernera con mucho cuidado.

— ¿Quieres ponerme la bota, Taylor?

—Con mucho gusto —sonrió Rex, y se la colocó.

—Gracias.

—No hay de qué, comandante.

—Maldita sea.

— ¿Por qué maldice, comandante?

—Creo que el doctor Kurrat tiene razón, ¿sabe? No voy a poder

caminar con esta rodilla tan hinchada.

—Pues hágale caso y quédese sentado.

—Sí, no voy a tener más remedio que seguir su consejo. Lo malo es que tendrá que ocuparse usted de todo, Taylor.

—No se preocupe de eso, comandante.

—Lo primero que quiero que haga es explorar este planeta. Es posible que esté habitado. Si es así, tal vez estemos en peligro. Por eso debemos averiguarlo cuanto antes.

—Lo averiguaremos, descuide.

—Lleve con usted a seis miembros de la tripulación. Cuatro hombres y dos mujeres. Los que se encuentren mejor físicamente.

—Muy bien, comandante.

—Y todos armados.

—Por supuesto, comandante.

—Adelante, Taylor. Y téngame informado de lo que ocurra.

—Suponiendo que ocurra algo.

—Y, si no ocurre nada, también. Quiero estar en contacto con usted, teniente.

—Lo estará, no se preocupe —sonrió Rex, y fue en busca de los cuatro hombres y las dos mujeres que debían acompañarle.

CAPITULO V

Naturalmente, Tania Silova fue una de las dos mujeres elegidas por Rex Taylor. La otra, se llamaba Carla Reimann, tenía veintiséis años, el cabello rojizo, y un cuerpo sumamente tentador.

De los hombres, los cuatro que parecían haber soportado mejor las sacudidas de la astronave durante la lluvia de meteoritos eran Tapio Viren, Giulio Luaidi, Evan Robertson y Kermes Ramírez, y ellos fueron los elegidos por Rex Taylor para acompañarle en la exploración del pequeño planeta.

Tapio, de origen finlandés, era un sujeto alto y espigado, de abundante pelo rubio, muy rizado. Tenía treinta y un años de edad.

Giulio, hijo de italianos, era también alto, aunque no tanto como Tapio, y delgado. Contaba veintinueve años y tenía el pelo negro.

Evan, neozelandés, era el mayor de los cuatro, pues había cumplido ya los treinta y cinco años. Era, también, el más fornido. Sus desarrollados músculos destacaban poderosamente bajo el ligero y ceñido traje espacial.

Hermes, de origen cubano, tenía veintisiete años, un rostro realmente simpático, y un cuerpo fuerte y atlético. Sus músculos parecían de acero. En una ocasión echó un pulso con Evan y estuvo a punto de vencerle, a pesar de la superior envergadura del neozelandés.

Armados los siete con pistolas de rayos láser y fusiles de rayos infrarrojos, abandonaron la «Meteor-V», manejando cada cual su propulsor individual correspondiente.

Era la forma más sencilla, más rápida, y más segura, de llevar a cabo la misión encomendada a Rex Taylor por el comandante Zebec, quien los vio partir a través de la pantalla de televisión en el puente de mando.

Rex Taylor iba delante.

Un par de metros más atrás, flanqueándole, iban Tania Silova y Carla Reimann. Tras éstas, formando una línea de cuatro, volaban

Tapio Viren, Giulio Lualdi, Evan Robertson y Hermes Ramírez,

Así, en perfecta formación, llevando sus respectivos propulsores individuales a la misma velocidad, sobrevolaron las azules aguas del lago y se perdieron por encima de los árboles.

Lucijano Zebec ya no pudo seguir sus movimientos, porque habían desaparecido de la pantalla de televisión.

Desde ese momento, el comandante de la «Meteor-V» quedó pendiente de la llamada de Rex Taylor.

Y, como no le llamase pronto, seria él quien llamase al teniente, pues la impaciencia no era precisamente una de sus virtudes.

—Condenada rodilla… —rezongó, mirando su pierna lastimada, porque ella tenía la culpa de que él no formase parte del grupo de exploración.

* * *

Llevaban ya unos quince minutos sobrevolando la superficie del pequeño mundo sin haber descubierto todavía el menor indicio de vida humana, cuando, de pronto, Hermes Ramírez gritó:

— ¡Teniente Taylor!

Rex giró la cabeza.

— ¿Has visto algo, Hermes?

— ¡Juraría que sí!

— ¿Donde?

— ¡En la entrada de aquella cueva! —el cubano señaló la gruta, disimulada por la abundante vegetación.

Se detuvieron todos y observaron la cueva, en cuya entrada, de dos metros de altura y casi uno de anchura, no se veía persona o animal alguno.

— ¿Qué fue lo que viste, Hermes? —preguntó Rex, suspendido

en el aire, al igual que los demás.

— ¡Me pareció una mujer, teniente!

— ¿Como nosotras, Hermes? —preguntó Carla Reimann.

— ¡Sí, pero con menos ropa!

— ¿Qué quieres decir, Hermes?

— ¡Que la mujer llevaba los pechos al aire, teniente!

Tapio Viren respingó.

— ¿Estás seguro, Hermes...?

— ¡Sí, lo estoy! ¡La visión fue muy fugaz, porque la mujer se ocultó en la cueva en cuanto vio que yo miraba hacia allí, pero pude ver que era una muchacha de pelo muy largo y muy negro, bonita, de pechos grandes y firmes!

— ¿Y qué tal estaba de piernas, Hermes...? —preguntó Giulio Lualdi, guiñándole el ojo.

— ¡No lo sé, porque no se las vi!

— ¿No cubre sus pechos y sí cubre sus piernas? —pareció extrañarse Evan Robertson.

El cubano miró al musculoso neozelandés.

— ¡Yo no he dicho que la mujer cubriese sus piernas, sino que no se la vi! ¡Y no se las vi porque ella sólo asomaba la mitad superior de su cuerpo, ocultando el resto!

—Qué lástima —dijo Tapio.

— ¡Me parece que la muchacha tiene un caballo, teniente! —siguió informando Hermes.

— ¿Un caballo?... —parpadeó Rex.

— ¡Sí, en la cueva, con ella! Sólo le vi las patas, pero...

— ¿Cómo que sólo le viste las patas? —le interrumpió Rex, entrecerrando de nuevo los ojos.

—Bueno, es que la mujer, con la mitad superior de su cuerpo, tapaba la cabeza del caballo. Por eso sólo pude ver las patas delanteras del animal y un poco de su cuerpo. ¡Pero era un caballo, estoy seguro! — insistió el cubano.

—Bajaremos y lo comprobaremos —decidió Rex Taylor— Si la muchacha morena y su caballo se hallan ocultos en la cueva, daremos con ellos enseguida.

—A menos que la cueva tenga otra salida, teniente —observó Giulio.

—Esperemos que no. Seguidme, muchachos.

Rex Taylor maniobró con la barra de dirección de su propulsor y descendió hacia la cueva, seguido de Tania, Carla, Tapio, Giulio, Evan y Hermes.

Instantes después, se posaban los siete en el suelo, frente a la cueva. Rex Taylor quiso ser el primero en penetrar en ella pero, justo en el momento en que se disponía a cruzar la entrada, se escuchó un escalofriante rugido.

Y no dentro de la cueva, sino fuera.

Rex Taylor y sus compañeros se volvieron en el acto, descubriendo al monstruoso animal que acababa de surgir por entre los árboles.

Era un ser horrible, que semejaba un gigantesco sapo, con su cuerpo rechoncho, sus ojos redondos y saltones, su gruesa piel, de color verde pardusco y cubierta de verrugas.

Aquella espelúznate criatura, sin embargo, era mucho más peligrosa que un sapo, y no sólo por su enorme tamaño, algo mayor que el de un buey, sino porque toda la parte superior de su cuerpo aparecía poblada de largas y afiladas púas, con las que podía ensartar fácilmente cualquier cosa.

Por si fuera poco, el alucinante bicho tenía en su bocaza una colección de colmillos que ya los quisiera para sí el mayor de los cocodrilos terrestres.

Eran realmente terroríficos.

Aquella bestia podía triturar a un ser humano en sólo unos

pocos segundos, aunque no tuviera demasiado apetito.

Pero en aquellos momentos parecía que lo tenía, a juzgar por lo mucho que abría su descomunal boca. Y también por la forma en que miraba al grupo de terrestres.

Por si quedaba alguna duda, el horripilante ser lanzó otro espantoso rugido y se echó sobre los cinco hombres y las dos mujeres, dispuesto a zampárselos a todos.

CAPITULO VI

Tania Silova y Carla Reimann chillaron a dúo, al tiempo que echaban a correr. La primera, hacia la derecha; la segunda, hacia la izquierda.

Tapio Viren y Hermes Ramírez siguieron a Tania Silova, mientras que Giulio Lualdi y Evan Robertson corrieron detrás de Carla Reimann.

Rex Taylor, en vez de echar a correr hacia un lado u otro, se introdujo velozmente en la cueva, seguro de que el monstruoso animal no podría imitarle, ya que su voluminoso corpachón no pasaría por la entrada, por mucho que el bicho se esforzara.

Mientras corrían, Tania, Tapio, Hermes, Carla, Giulio y Evan accionaron el mando de despegue de sus respectivos propulsores individuales, elevándose rápidamente varios metros, por lo que quedaron fuera del alcance de la peligrosa bestia.

De haber intentado elevarse antes en lugar de echar a correr, no les habría dado tiempo y el animalote hubiese caído sobre ellos, porque su ataque fue muy veloz.

Tampoco hubiese servido de mucho disparar sobre el terrorífico ser, porque eso no hubiera frenado su impulso y habría caído igualmente sobre ellos, destrozando a más de uno antes de morir.

Ahora, desde el aire, totalmente a salvo, podían dar buena cuenta de la bestia, sin correr riesgo alguno, y así lo hicieron.

Tapio, Giulio, Hermes, Evan, Tania y Carla accionaron sus fusiles de rayos infrarrojos.

También Rex Taylor hizo uso del suyo desde el interior de la cueva.

El bicho bramó ensordecedoramente al ser alcanzado por los rayos infrarrojos, que abrasaron su rechoncho cuerpo, obligándole a brincar de dolor.

Los cinco hombres y las dos mujeres siguieron disparando sobre él.

El animalote dejó de dar saltos porque ya no tenía fuerzas para ello, aunque sí para dar bramidos, cada vez más roncos y más agónicos.

Y es que su fin estaba muy cerca.

La bestia era una pura brasa.

Estaba totalmente achicharrada.

Su cuerpo calcinado despedía un hedor nauseabundo, que penetró por las fosas nasales de los siete terrestres, obligándoles a arrugar sus caras.

Finalmente, la monstruosa criatura dejó de bramar y quedó rígida, las patas hacia arriba, las fauces abiertas de par en par, los ojos cerrados.

— ¡Basta, muchachos! —gritó Rex Taylor, saliendo de la cueva —. El bicho está muerto, podéis bajar.

Tania, Carla, Tapio, Giulio, Hermes y Evan descendieron de nuevo y se posaron en el suelo, rodeando el cuerpo sin vida del

animal.

—Huele a demonios, ¿eh, teniente?

—Ya lo creo —sonrió Rex.

—Nos dio un buen susto el animalote —dijo Hermes.

—A mí se me puso la carne de gallina —confesó la pelirroja Carla.

—Lo mismo digo —manifestó, Tania.

—A todos nos asustó, pero pudimos con él —habló

Tapio.

—Sí, está más tieso que mi abuela —dijo Giulio.

Rex Taylor suspiró.

—Bien, puesto que la tranquilidad reina de nuevo en este lugar, sugiero que entremos en la cueva y, busquemos a la mujer de los pechos desnudos y a su caballo.

Mermes lo miró.

—Usted ya ha entrado en la cueva, teniente.

—Sí, es cierto.

— ¿Y no vio nada...?

—Bueno, en realidad, apenas me fijé porque sólo introducirme en ella, me volví para disparar sobre la bestia.

—Está bien, entremos todos. Tengo deseos de ver de cerca a esa hermosa muchacha —confesó el cubano.

— ¡Toma!, y nosotros también —exclamó Giulio—. Desde que nos dijiste que lleva los pechos al aire...

Carla, que se hallaba junto al italiano, le clavó el codo en el hígado, arrancándole un aullido.

Tania, Mermes, Tapio, Evan y el propio Rex Taylor rieron.

Este último dijo:

—Parece que a Carla no le ha gustado tu comentario, Giulio.

—Es evidente que no —rezongó el italiano, agarrándose el hígado con gesto de dolor.

—Seguro que a Tania tampoco le gustó —dijo la germana—. ¿No es cierto, Tania?

Esta carraspeó.

—Bueno yo...

—Sabía que tampoco te había gustado —la interrumpió Carla, haciendo reír de nuevo a todos.

Bueno, a casi todos, porque Giulio se limitó a sonreír.

• es que aún le dolía el hígado.

—Venga, entremos ya en la cueva —indicó Rex, y se introdujo en ella.

Sus compañeros le imitaron.

La cueva era grande, profunda, y se encontraba suficientemente iluminada, prueba inequívoca de que se filtraba luz por algún lugar, además de la entrada.

La muchacha morena y su caballo no se veían por ninguna parte.

Sin embargo, en el suelo, había marcas, dejadas recientemente por los cascos de un cuadrúpedo.

—Estabas en lo cierto, Hermes —dijo Rex Taylor—. La chica morena tiene un caballo. Aquí está la prueba —señaló las marcas.

El cubano sonrió.

—Le dije que estaba seguro, teniente.

—Bien, vamos a ver si los encontramos.

Se adentraron en la cueva, un lugar ideal para esconderse, debido a sus especiales características.

Habían avanzado ya unos quince metros cuando, de pronto, Tapio vio asomar una negra y brillante cabellera por detrás de una

gran roca cercana

— ¡Allí está la mujer, teniente! —exclamo

Todos siguieron con sus ojos la dirección que señalaba el brazo del finlandés, pero no vieron nada, porque la espesa mata de cabello negro había quedado nuevamente oculta tras la roca.

— ¿Dónde, Tapio? —preguntó Rex

— ¡Detrás de aquella roca! ¡He visto su pelo!

—Vamos.

Caminaron todos hacia allí.

Despacio.

Y con precaución.

La chica podía pensar que traían malas intenciones y una persona asustada es siempre un peligro.

Estaban a punto de alcanzar la roca, cuando, repentinamente, la mujer se dejó ver.

También su caballo.

Los dos a la vez.

Tenía necesariamente que ser así porque formaban un mismo cuerpo.

La mujer tenía pecho, brazos y cabeza, pero no tenía vientre, caderas ni piernas.

El caballo por su parte carecía de cuello y cabeza, pero tenía todo lo demás. Las cuatro patas, el lomo, una larga y hermosa cola...

Sí.

Parecía increíble, pero era cierto.

Rex Taylor y sus compañeros tenían ante sí un ser de fábula.

Una mujer-caballo.

Un centauro.

CAPITULO VII

La sorpresa, lógicamente, dejó paralizados a Rex Taylor y a sus compañeros.

Ninguno de ellos podía dar crédito a sus ojos.

Unos ojos desmesuradamente abiertos.

Reflejando un asombro infinito.

Una estupefacción absoluta.

Una perplejidad total.

Y es que la imagen que tenían ante sí era demasiado fantástica.

Una mujer, joven, hermosa, con unos preciosos ojos oscuros, rasgados, brillantes, profundos, una boca grande y sensual, de labios llenos, muy rojos, unos brazos largos y finos, unos pechos desarrollados, altivos, espléndidos, maravillosamente bronceados, por hallarse siempre expuestos a la luz solar...

Y, toda aquella belleza moría al llegar a la cintura porque, de allí para abajo, la mujer tenía cuerpo de caballo.

¿Cómo diablos era posible aquello...?

Los cinco hombres y las dos mujeres terrestres no sabían qué

responderse, y por eso no lograban salir de su estupor.

Ni de su inmovilidad.

Parecían siete estatuas de mármol.

La mujer-caballo, aprovechando la momentánea parálisis del grupo de terrestres, se disparó hacia la salida de la cueva, galopando que daba gusto verla.

Rex Taylor y sus compañeros la siguieron, pero sólo con la mirada.

El centauro alcanzó la salida y la cruzó como una exhalación, desapareciendo.

Todavía transcurrieron casi treinta segundos antes de que alguno de los terrestres se moviera o hablara.

Hermes Ramírez fue el primero en recobrar la facultad del habla, murmurando:

—Con razón no pude verle las piernas a la chica, ni la cabeza al caballo... ¡Son un mismo ser! ¡Un ser mitad mujer y mitad caballo!

Tapio Viren se rascó su rubia pelambrera.

— ¿Seguro que no estamos soñando, compañeros...?

Giulio Luaidi movió lentamente la cabeza.

—No, no estamos soñando, Tapio. ¿Verdad que no estamos soñando, teniente?

Rex Taylor se pellizcó la mejilla y sintió dolor, lo cual le demostró que estaba bien despierto.

—No, la imagen que vimos era real, muchachos. Se trataba de una mujer-caballo. De un centauro. En la Tierra, los centauros son solamente seres de fábula, que no han existido jamás. En este planeta, sin embargo, existen de verdad. Nosotros ya hemos visto uno con nuestros propios ojos. Y tiene que haber más. Muchos hombres-caballo y muchas mujeres-caballo. Estamos en el planeta de los centauros.

—EL planeta de los centauros... —repitió quedamente Tania Silo va.

— ¡Es fantástico, muchachos! —exclamó Carla Reimann.

—Sí, sí que lo es —sonrió Evan Robertson—. Especialmente, si todas las mujeres-caballo son tan hermosas como la que se ocultó en esta cueva.

Tapio dio un manotazo al aire.

— ¿De qué nos sirve que sean hermosas si tienen patas en vez de piernas?

—Eso digo yo —rezongó Giulio—. Una mujer sin piernas es como una gamba sin bigotes.

—Tienen pechos, ¿no? —señaló Hermes.

—Y una grupa muy amplia —añadió Rex Taylor, provocando un coro de carcajadas.

—Nunca mejor empleada la palabra «grupa», teniente —dijo Carla—. Tratándose de una mujer-caballo...

—Por eso la utilicé.

El corpulento Evan cerró un instante los ojos, con soñadora expresión.

—Me encantaría dar un paseíto a lomos de la mujer-caballo que se escondió en esta cueva.

—Y yo sé de dónde te agarrarías para no caerte —aseguró Giulio.

Carla le arreó un codazo.

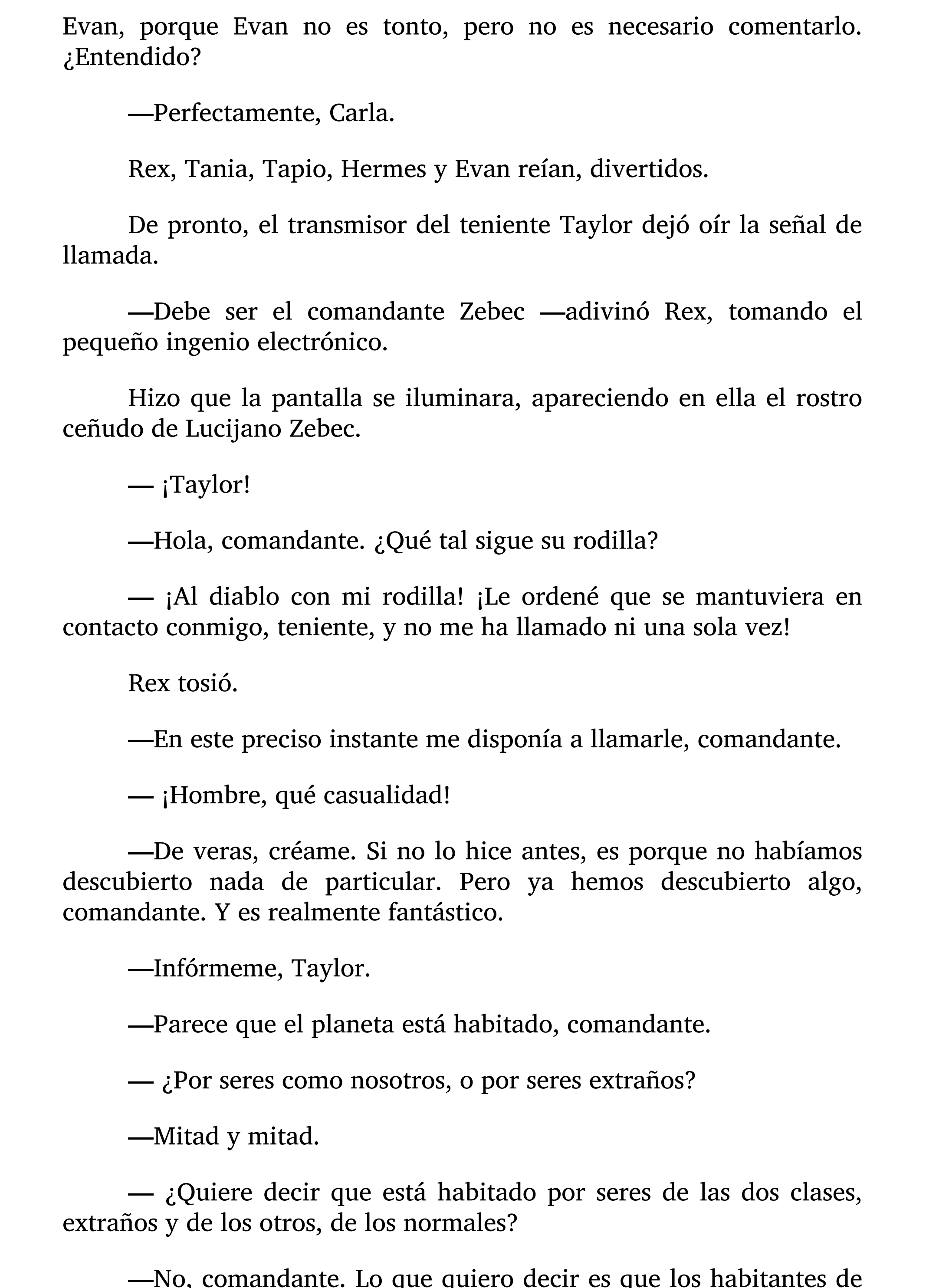
El italiano se encogió, emitiendo un grito de dolor, y después gruñó:

— ¿Otra vez, Carla...?

—Sí, señor, otra vez. Que tú siempre estás pensando en lo mismo.

—Iba a decir que Evan se agarraría de la negra cabellera de la mujer-caballo.

—Sí, ahora disimula. Todos sabemos de dónde se agarraría



Evan, porque Evan no es tonto, pero no es necesario comentarlo. ¿Entendido?

—Perfectamente, Carla.

Rex, Tania, Tapio, Hermes y Evan reían, divertidos.

De pronto, el transmisor del teniente Taylor dejó oír la señal de llamada.

—Debe ser el comandante Zebec —adivinó Rex, tomando el pequeño ingenio electrónico.

Hizo que la pantalla se iluminara, apareciendo en ella el rostro ceñudo de Lucijano Zebec.

— ¡Taylor!

—Hola, comandante. ¿Qué tal sigue su rodilla?

— ¡Al diablo con mi rodilla! ¡Le ordené que se mantuviera en contacto conmigo, teniente, y no me ha llamado ni una sola vez!

Rex tosió.

—En este preciso instante me disponía a llamarle, comandante.

— ¡Hombre, qué casualidad!

—De veras, créame. Si no lo hice antes, es porque no habíamos descubierto nada de particular. Pero ya hemos descubierto algo, comandante. Y es realmente fantástico.

—Infórmeme, Taylor.

—Parece que el planeta está habitado, comandante.

— ¿Por seres como nosotros, o por seres extraños?

—Mitad y mitad.

— ¿Quiere decir que está habitado por seres de las dos clases, extraños y de los otros, de los normales?

—No, comandante. Lo que quiero decir es que los habitantes de este planeta tienen medio cuerpo normal, desde la cabeza hasta la cintura, y el otro medio, de la cintura para abajo, no tan normal.

—Explíquese, Taylor.

— ¿Le gustan a usted los caballos, comandante?

Zebec pestañeó.

— ¿Que si me gustan qué...?

—Los caballos, comandante.

—Eso me había parecido oír. Pero la pregunta es tan estúpida que...

—No lo crea, comandante. ¿Le gustan o no le gustan los caballos?

— ¡Sí, me gustan! ¡Me gustan mucho!

—Entonces, le encantarán los habitantes de este planeta, porque son mitad persona y mitad caballo —reveló Rex, sonriendo.

Lucijano Zebec puso una cara realmente cómica.

— ¿Que son qué...? —balbuceó.

—Centauros, comandante.

— ¡Centauros!

—Así es, comandante. Hombres-caballo y mujeres-caballo.

— ¡No es posible!

—Le juro que sí, comandante. Los siete vimos con nuestros propios ojos a un centauro. Se había ocultado en la cueva en la que ahora nos encontramos. Era una mujer-caballo. Joven y bella. Daba ganas de besarla, pero ninguno de nosotros se atrevió, porque lo mismo nos hubiera dado una bofetada que un par de coces...

Las palabras de Rex Taylor hicieron reír a sus compañeros.

El comandante Zebec oyó las carcajadas de Tañía, Carla, Tapio, Evan, Giulio y Hermes, y eso le enfureció.

— ¡Le prohíbo que haga chistes, Taylor!

—No era un chiste, comandante.

— ¿Dónde está la mujer-caballo?

—Salió de la cueva al galope.

— ¡Maldito sea, Taylor! —rugió Zebec—, ¡Acabo de prohibirle que haga chistes!

Rex, conteniendo con gran esfuerzo la risa, respondió:

—Tampoco era un chiste comandante. Es verdad que la mujer huyó al galope. No olvide que sólo era mujer de cintura para arriba. De cintura para abajo…

— ¡Era un caballo, ya lo dijo antes!

—Efectivamente, comandante.

— ¿Y por qué se ríen los seis miembros de la tripulación que le acompañan, si usted no está contando chistes?

—Porque parece que lo sean, comandante. Pero le doy mi palabra de que no lo son.

— ¡No quiero oír una sola carcajada más! —ladró Zebec—. ¿Entendido, Taylor?

Rex miró a sus compañeros.

—Silencio todos. Ya habéis oído al comandante.

Tania, Carla, Evan, Tapio, Hermes y Giulio apretaron los labios con fuerza, aunque no estaban muy seguros de que eso les impidiese reír, si el segundo de a bordo soltaba otra frase jocosa.

Rex volvió a posar su mirada en la pantallita del transmisor.

—Se acabaron las risas, comandante.

—Y el pitorreo también —gruñó Zebec.

— ¿Cómo dice, señor?

—Sospecho que todo es una broma suya, Taylor.

—Oh, no, comandante. Yo le juro que…

—Los juramentos son solo palabras, teniente, y yo quiero

hechos. Pruebas palpables. De esas que no dejan lugar a dudas. Mientras no tenga ante mí un centauro de carne y hueso, no creeré en su existencia, así que ya sabe lo que tiene que hacer.

Rex Taylor respingó levemente.

— ¿No me estará pidiendo que...?

—Sí, Taylor, se lo estoy pidiendo. Quiero que me atrapen un centauro y lo traigan aquí, a la astronave, para que yo pueda verlo con mis propios ojos.

— ¡Atrapar un centauro puede ser peligroso, comandante!

—Más peligroso será para ustedes siete regresar a la astronave sin él, porque entonces ya no tendré la menor duda de que me han estado tomando el pelo. ¡Y a mí no me toma el pelo ni mi madre, Taylor! —rugió Zebec, y cortó la comunicación.

Rex Taylor apagó la minúscula pantalla y volvió a colgar el pequeño transmisor en su cinto.

—Ya lo habéis oído, muchachos. Tenemos que atrapar un centauro y llevárselo al comandante Zebec para que se convenza de que no le hemos estado tomando el pelo.

—A mí no me disgusta la idea —dijo Evan Robertson, sonriendo de forma picara—. Porque supongo que intentaremos atrapar una mujer caballo, ¿no, teniente?

—Será mucho más fácil que atrapar un hombre-caballo —opinó Tapio Viren.

—Y mucho más interesante también —añadió Giulio Lualdi.

Carla Reimann intentó tantear nuevamente el hígado del italiano con su codo izquierdo, pero Giulio anduvo listo en esta ocasión y se apartó a tiempo, dando un ágil salto.

— ¡Esta vez fallaste, preciosa! —rió el italiano.

—Mujeriego... —masculló la pelirroja, mirándolo ceñudamente.

Rex Taylor alzó las manos y rogó:

—Basta de bromas, por favor, que la cosa en más seria de lo que parece. Sé que podemos atrapar fácilmente un centauro, tanto si se

trata de un macho como de una hembra. No tenemos más que dispararle con una de nuestras pistolas de rayos láser, regulada al mínimo de su potencia, para dejarlo inconsciente durante un buen rato. Tampoco sería problema cargar con él y llevarlo a nuestra astronave, disponiendo como disponemos de propulsores individuales. El problema estriba en localizar un centauro que se halle solo en ese momento, como sucedió con la mujer-caballo que se ocultó en esta cueva. Sospecho que eso va a ser muy difícil, porque la mujer-caballo que huyó de nosotros a galope tendido habrá dado ya la alarma, y muy pronto todos los centauros del planeta sabrán que hay seres extraños en su mundo. En buena lógica, debemos encontrarlos preparados para la defensa. Y. en esas, condiciones, atrapar a uno de ellos puede resultar sumamente peligroso, como ya le dije al comandante. Sus compañeros tratarán de impedir que nos lo llevemos, y Dios sabe qué puede ocurrir.

—Tiene usted razón, teniente —habló Mermes Ramírez—. Sin embargo, yo prefiero enfrentarme a toda una manada de centauros furiosos a tener que vérmelas con el comandante Zebec.

— ¡Toma, y yo! —exclamó Tapio, sin dudar.

— ¡Lo mismo digo! —opinó Giulio.

— ¡Y yo! —manifestó Evan.

—Creo que nosotras también, ¿verdad, Tania? —habló Carla.

—Por supuesto —respondió Tania Silova.

Rex Taylor esbozó una sonrisa.

—En eso estamos todos de acuerdo, muchachos. No podemos regresar a la astronave sin el centauro porque el comandante Zebec creerá que le tomamos la cabellera, se convertirá en un hombre-caballo, y nos molerá a coces a todos.

Sus compañeros se echaron a reír.

—Bueno, tal vez no llegase a tanto —rió también Rex—, Pero, desde luego ríos haría pasar un mal rato a todos. De manera especial a mí, pues me cree el autor de lo que él considera una broma. No tenemos más remedio, por tanto, que atrapar un centauro. Cueste lo que cueste.

* * *

Rex Taylor y sus compañeros sobrevolaban de nuevo la superficie del planeta con la esperanza de descubrir algún centauro solitario.

Y, si no solitario, sí al menos acompañado por pocos seres de su raza, para que su captura no fuese tan problemática.

Todos habían regulado ya la potencia de sus respectivas pistolas de rayos láser, con el fin de no lastimar al centauro o centauros sobre los que disparasen, llegado el momento de la captura.

Volaban muy bajo.

A pocos metros del suelo.

Si volaban más alto, corrían el riesgo de no descubrir ningún centauro, a poco que éstos supiesen ocultarse. Con la mujer-caballo que descubriera Hermes Ramírez, ya sucedió eso.

Sólo el cubano fue capaz de verla.

La suerte pareció sonreírles, ya que, apenas unos minutos después, descubrían otra mujer-caballo, oculta entre los árboles.

Esta de ahora tenía el pelo rubio, muy largo, también, y era tan hermosa como la anterior. Su precioso torso se hallaba igualmente desnudo, por lo que los terrestres pudieron admirar sus exuberantes senos, erguidos, provocativos, soberbios de verdad.

—Bajemos a por ella, muchachos —indicó Rex, maniobrando con la barra de dirección de su propulsor.

Sus compañeros hicieron lo propio.

Como era de esperar, la mujer-caballo, al verse descubierta, echó a correr. Pero no pudo ir muy lejos, porque Rex Taylor accionó su pistola y el rayo láser alcanzó de lleno el lomo del centauro.

La mujer-caballo dio un grito y se derrumbó, quedando inmóvil en el suelo.

Rex y sus compañeros se posaron junto al desvanecido centauro.

—Cargad con ella, rápido —dijo el segundo de a bordo de la «Meteor-V», extrañado de que todo estuviese saliendo tan bien.

Tapio, Giulio, Evan y Hermes cogieron al centauro, cada uno de una pata.

—Es otra auténtica belleza, ¿eh, muchachos? —dijo el finlandés.

—Sí, pero sólo de cintura para arriba —rezongó el italiano.

El neozelandés rió.

—Giulio sigue echando de menos un buen par de piernas.

—Y un trasero como Dios manda —dijo el italiano.

— ¿No te gusta la cola de la chica, Giulio...? —preguntó el cubano, con ironía—. Es preciosa.

—Las colas están bien para los caballos, Hermes, no para las mujeres —masculló Giulio.

—Vamos, no perdáis tiempo, chicos —apremió Rex Taylor, que seguía desconfiando de la suerte que estaban teniendo.

Por eso no dejaba de mirar a su alrededor, temiendo ver aparecer de pronto varios centauros más.

Lo que apareció, sin embargo, fue una auténtica lluvia de piedras.

¡Y de buen tamaño!

Llegaban desde todas direcciones, lanzadas con tremenda fuerza.

¡Como disparadas con primitivas hondas!

— ¡Cuidado, muchachos! —gritó Rex Taylor—. ¡Los centauros nos atacan!

Las piedras, efectivamente, estaban siendo lanzadas por los habitantes del planeta.

Y con muy buena puntería, por cierto.

Tapio Viren recibió un impacto en la parte posterior de la cabeza y se desplomó como un fardo, emitiendo un ronco sonido gutural.

Giulio Lualdi resultó alcanzado por partida doble y en el mismo sitio: la espalda. También se derrumbó, ahogado de dolor, aunque sin llegar a perder el conocimiento.

Quien sí lo perdió, en el acto, fue Hermes Ramírez.

El cubano, al igual que el finlandés, había recibido una pedrada en la cabeza.

Carla Reimann resultó alcanzada en una rodilla, y se vino abajo al instante, aullando de dolor.

Rex Taylor, Tania Silova y Evan Robertson dispararon contra los centauros, que ya se habían dejado ver, dando gritos en su lengua.

Y, por supuesto, sin dejar de lanzar piedras.

Utilizaban, efectivamente, primitivas hondas.

Eran muchos.

Alrededor de quince.

Rex, Tania y Evan tumbaron a varios de ellos con sus pistolas de rayos láser. Carla y Giulio, desde el suelo, resistiendo a duras penas el dolor que sentían en su rodilla y su espalda, respectivamente, dispararon también sobre los centauros.

Aún así, fue imposible detenerlos a todos, y los centauros cayeron sobre ellos, provocando la lucha cuerpo a cuerpo.

En esa clase de lucha, los centauros tenían ventaja, al disponer de dos brazos y cuatro patas, y los terrestres no tardaron en comprobar que las utilizaban las cuatro que era un primor.

El fornido Evan recibió un formidable par de coces en el trasero y voló espectacularmente por los aires.

Lo mismo le sucedió a Tania Silova

Ya Rex Taylor.

Evan Robertson tuvo suerte, pues fue a caer sobre el lomo de un caballo.

El neozelandés se agarró rápidamente para no dar con sus huesos en el suelo.

Y se agarró… de donde Giulio adivinó que se agarraría.

La mujer-caballo, que lucía una frondosa y rojiza cabellera, gritó al sentir que las manos del terrestre se aferraban a sus pechos desnudos, redondos y duros, y se revolvió, furiosa, golpeando a Evan con sus puños.

Como de esa manera no consiguió quitárselo de encima, la mujer-caballo actuó más como caballo que como mujer, y empezó a dar terribles corcoveos.

Evan Robertson, muy a su pesar, tuvo que abandonar el lomo de la mujer-caballo.

Y lo hizo de muy mala manera.

Volando como un pájaro.

Como el neozelandés no tenía alas, se propinó un batacazo morrocotudo.

Un feroz par de coces, propinado por un hombre-caballo, hizo perder el sentido a Evan Robertson.

Giulio y Carla también lo habían perdido ya.

Y Tania Silova lo perdía apenas unos segundos después.

Rex Taylor luchaba a brazo partido con dos centauros cuando recibió un duro golpe en el cráneo, propinado con un grueso palo, y también él perdió la noción de la realidad, desplomándose sin fuerzas.

Un par de segundos después, se hallaba tan inconsciente como sus compañeros.

CAPITULO IX

En el puente de mando de la «Meteor-V», Lucijano Zebec trabajaba con los aparatos que resultaran averiados durante la lluvia de meteoritos.

Lo hacía sentado, para no acentuar el dolor de su rodilla lastimada y que ésta se le hinchase aún más. Algunos de los miembros de la tripulación, los que se encontraban en mejores condiciones físicas, le ayudaban en su tarea.

Los otros, los que resultaran más afectados, habían sido trasladados a sus respectivos camarotes, y descansaban en sus literas.

El doctor Kurrat se preocupaba por todos ellos, y como ahora disponía de más tiempo para atenderlos debidamente, los iba examinando a fondo, uno por uno, sin prisas.

El comandante Zebec, desde su llamada a Rex Taylor, estaba de un humor de perros, y de vez en cuando lanzaba una maldición o gritaba a alguno de los miembros de la tripulación que le estaban ayudando, lo mejor que sabían, a reparar los complicados aparatos electrónicos.

Y es que Lucijano Zebec no podía olvidar las palabras del teniente Taylor.

Centauros...

Aseguraba que había centauros en aquel planeta.

Zebec se resistía a creerlo, pero...

Conocía bien a Rex Taylor, y dudaba mucho qua éste se atreviese a tomarle el pelo de una manera tan descarada.

¿Sería verdad que habían visto una mujer-caballo,..? No, demonio, no podía ser.

Los centauros eran seres de fábula, no podían existir realmente.

Quizá Taylor y sus acompañantes habían visto una yegua tan hermosa, y de una manera tan fugaz, que la habían confundido con una mujer caballo.

—Sí, eso debió ser —pensó Zebec, en voz alta. — ¿Decía, comandante...? —preguntó uno de los hombres que le ayudaban.

Zebec lo miró seriamente.

—Yo no he dicho nada.

—Disculpe, señor.

Lucijano Zebec prosiguió su tarea.

Sin embargo, no lograba concentrarse en su trabajo.

Lo de los centauros...

Dominado por los nervios. Zebec interrumpió bruscamente lo que estaba haciendo y tomó su transmisor portátil.

Llamó de nuevo a Rex Taylor.

Ya hacia bastantes minutos que no sabía nada de él y sus acompañantes, y quería saber lo que estaba pasando.

Más que un deseo era una necesidad.

No podía seguir así, esperando la llamada de Rex Taylor, preguntándose una y otra vez si sería cierto o no que existían realmente los centauros en aquel planeta.

Por el momento, sin embargo, no pudo salir de dudas, porque el teniente Taylor no respondió a su llamada.

Esto, el silencio de Rex Taylor, le puso aún más nervioso.

Zebec repitió la llamada.

Como el resultado fue el mismo, rezongó una imprecación y llamó a Evan Robertson.

El neozelandés tampoco contestó.

Zebec fue llamando uno por uno a los restantes miembros del grupo, incluidas las mujeres, y corno no obtuvo respuesta por parte de

ninguno, lanzó varias maldiciones seguidas.

— ¿Dónde diablos se habrán metido? —barbotó—.

¿Por qué no contestan? ¿Qué demonios estarán haciendo, que ninguno de ellos se digna a responder a mi llamada?

Los miembros de la tripulación que se hallaban en el puente, con su comandante, se miraron entre sí, pero ninguno de ellos se atrevió a hacer comentario alguno.

La pantalla de televisión del puente de mando seguía conectada y, a través de ella, podía verse el hermoso lago y los árboles que lo rodeaban.

Casualmente, uno de los hombres que estaban con Zebec posó sus ojos en la pantalla. Al instante, dio un cómico respingo y exclamó:

— ¡Era verdad, comandante!

— ¿Cómo?

— ¡Lo de los centauros!

— ¿Pero qué diablos dices?

— ¡Acabo de ver a uno! ¡Entre los árboles que circundan el lago! —el tripulante señaló la pantalla. Todas las miradas se posaron inmediatamente allí.

La primera, la de Lucijano Zebec.

Tras unos segundos de tenso silencio, el comandante de la «Meteor-V» masculló:

— ¿Alguien ve algo?

Nadie respondió, porque ninguno veía nada.

Sólo las serenas aguas del lago y los árboles más próximos a él.

El miembro de la tripulación que asegurara haber visto un centauro, gritó:

— ¡Es cierto, comandante, se lo juro! ¡Había un centauro oculto entre los árboles! ¡De cintura para arriba, era un hombre, y de cintura para abajo, un caballo! ¡Tenía patas! ¡Y lomo! ¡Y grupa! ¡Y cola!

Zebec lo miró gélidamente.

—Eso te va a hacer falta a ti: cola. Pero no de las que lucen los caballos, sino la que se utiliza para pegar objetos rotos, porque voy a romperte la mitad de los dientes de un puñetazo por haber tratado de tomarme el pelo.

El tipo sintió que se arrugaba dentro de su traje espacial.

—Señor, yo le juro por lo más sagrado que...

En ese preciso instante, una de las mujeres que se hallaban en el puente dio un saltito y exclamó:

— ¡Está diciendo la verdad, comandante! ¡Hay un centauro entre los árboles! ¡Un hombre-caballo! ¡Se ha vuelto a asomar, lo ha visto perfectamente!

Zebec había mirado nuevamente la pantalla de televisión y, como seguía sin ver nada, se agarró la cabeza con rabia y rugió:

— ¡Maldita sea! ¿Es que os habéis propuesto volverme loco entre todos...? ¡No veo ningún centauro! ¡No veo ningún hombre-caballo! ¡Y estoy seguro de que no existen!

— ¡Ahí está otra vez, comandante! —exclamó otro de los miembros de la tripulación.

— ¡Es cierto! ¡Yo también lo he visto! —aseguró otra mujer.

— ¡Y yo!

— ¿Lo ha visto usted, comandante...? —preguntó el primer tripulante que afirmara haber visto un centauro entre los árboles próximos al lago.

Lucijano Zebec no respondió.

Tenía la boca abierta de par en par.

También los ojos.

- es que, ¡por fin!, había visto al centauro con sus propios ojos.

Había sido una visión muy fugaz, porque al hombre-caballo se ocultó de nuevo. Pero suficiente, no obstante, para que ya no

quedasen dudas al respecto.

Existían los centauros.

En aquel planeta, al menos.

Rex Taylor no le había engañado.

Al pensar en su segundo, Lucijano Zebec sintió un escalofrío.

Rex Taylor le había dicho que intentar atrapar un centauro, podía resultar peligroso.

Zebec empezó a sospechar que al teniente, Taylor y los seis miembros de la tripulación que iban con él, le había sucedido algo. Por eso ninguno de ellos respondía a sus llamadas.

Intuyó que habían caído los siete en manos de los centauros.

¿Seguirían vivos...?

¿Habrían muerto?

Lucijano Zebec se propuso averiguarlo.

Y cuanto antes.

Su rodilla lastimada no sería un obstáculo.

Le dolería, desde luego. Pero se aguantaría.

No tendría más remedio.

Tenía que saber lo que había sido de Rex Taylor y sus acompañantes.

Y pobres de los centauros si...

CAPITULO X

No, los centauros no habían acabado con Rex Taylor ni con ninguno de los miembros de la tripulación que le acompañaban. Tras haberlos dejado a todos inconscientes a pedradas o a golpes de puño y de pezuña, los ataron sólidamente con lianas a los troncos de los árboles más próximos.

Cada uno a un árbol distinto.

Antes de amarrarlos, los despojaron de sus respectivos propulsores individuales y de sus cintos, dejándolo todo amontonado en el suelo, junto con los fusiles de rayos infrarrojos y las pistolas de rayos láser.

Los centauros que resultaran alcanzados por los disparos de los terrestres, yacían en el suelo, inmóviles Sus compañeros se ocuparon de ellos alegrándose al comprobar que sus corazones seguían latiendo.

Los rayos láser, regulados al mínimo de su potencia, no habían causado ningún daño a los centauros, limitándose sólo a dejarlos sin sentido durante un rato.

Los terrestres recobraron antes el conocimiento que los centauros alcanzados por sus disparos.

Rex Taylor, Tania Silova y Evan Robertson fueron los primeros en volver en sí, casi al mismo tiempo. Poco después, Giulio Lualdi y Carla Reimann salían también de su inconsciencia, siendo Tapio Viren y Hermes Ramírez los últimos en despertar.

Todos sentían dolor en una o varias zonas de su cuerpo, pero comprendían que éste era un mal menor, dadas las circunstancias. Los centauros podían haberlos matado a los siete, a pedradas o pisoteándolos con sus cascos, que para eso disponían de dos manos y cuatro patas.

Afortunadamente, no había sido así, y todos seguían con vida.

¿Por cuánto tiempo…?

Era lo que se preguntaban Rex Taylor y sus compañeros.

Estaban en poder de los centauros.

Totalmente a su merced.

Y los centauros, lógicamente, no podían considerarlos sus amigos, porque habían visto cómo Rex Taylor tumbaba a la mujer-caballo de pelo rubio, con su pistola de rayos láser, y cómo después cargaban con ella entre cuatro con intención de llevársela cautiva.

Por eso los habían atacado, enviándoles una lluvia de piedras con sus primitivas hondas, y los habían apresado a todos.

Lo que pensaban hacer con ellos, era toda una incógnita.

Y esa incógnita no tardaría demasiado en despejarse, porque los centauros ya se habían dado cuenta de que los terrestres estaban volviendo en sí, y los miraban duramente.

Eran seis, exactamente. Tres machos y tres hembras.

El resto yacían en el suelo, inconscientes. Había diez, contando a la mujer-caballo de frondosa cabellera rubia la que fuera alcanzada por el disparo de Rex Taylor, cuando intentaba huir.

Ella fue, precisamente, la primera en recobrar el conocimiento.

Irguió su torso desnudo y sacudió la cabeza, que luego se cogió con su mano derecha.

Sus compañeros, al ver que se recobraba, se desentendieron momentáneamente de los prisioneros terrestres y la rodearon, visiblemente contentos.

Empezaron a hablar en su lengua.

— ¿Qué demonios estarán diciendo? —rezongó Tapio Viren.

—Deben de estar preguntándole a la mujer-caballo rubia cómo se siente, qué efectos causó en ella el rayo láser que yo le disparé —adivinó Rex Taylor.

— ¿Por qué no me preguntan a mí los efectos que me produjo la pedrada que me atizaron en toda la cabeza? —masculló Hermes


Ramírez—. Se lo explicaría con mucho gusto, y después me acordaría de la madre del centauro que me arrojó el pedrusco.

—Yo haría lo mismo —dijo Tapio.

—No debemos guardarles rencor, muchachos —opinó Rex—. Nos atacaron porque intentamos apresar a uno de ellos. Nosotros, en su lugar, hubiéramos actuado exactamente igual.

—El teniente Taylor tiene razón —intervino Evan Robertson—, La culpa de todo la tiene el comandante Zebec, por habernos ordenado atrapar un centauro y llevárselo a la astronave.

—Estoy de acuerdo contigo, Evan —dijo Carla Reimann.

—Yo también —manifestó Tania Silova.

—Poco importa de quién sea la culpa —habló Giulio Lualdi—. El caso es que hemos caído en poder de los centauros, y sospecho que nos lo van a hacer pasar muy mal.

—Confiemos en el comandante Zebec —dijo Rex—. Estoy seguro de que acudirá en nuestra ayuda.

—Esperemos que se dé prisa —murmuró Tapio.

La mujer-caballo rubia ya se había levantado, ayudada por sus compañeros. Uno de éstos era la mujer-caballo morena que huyera de la cueva al ser descubierta por Rex Taylor y los suyos.

El resto de los centauros alcanzados por los rayos láser empezaron a volver también en sí, y fueron incorporándose con la ayuda de sus hermanos de raza.

Algunos minutos después, estaban todos en pie.

Los dieciséis.

Nueve machos y siete hembras, todas ellas jóvenes y atractivas.

De cintura para arriba, al menos.

Los machos también eran jóvenes y muy fuertes todos, con unos hombros poderosos, brazos largos y musculosos, torsos amplios, recias espaldas... Llevaban el pelo largo, casi tanto como las mujeres, muy desordenado.

Estaba claro que no tenían ni idea de lo que era un peine.

Se trataba, evidentemente, de seres primitivos, salvajes, que vivían más como caballos que como personas.

También sus armas eran primitivas, pues, aparte de las hondas, que tan bien manejaban, disponían de lanzas, de mazas de piedra, y de cuchillos. Y de algún que otro palo, de grosor más que respetable.

El hecho de que no hubiesen empleado las lanzas y los cuchillos en su ataque a los terrestres demostraba claramente que deseaban atraparlos con vida.

Y lo habían conseguido.

La mujer-caballo de pelo rojizo, la que tuviera que recurrir a los corcoveos para librarse de Evan Robertson, cuando éste se negaba a abandonar su firme lomo y a soltar sus redondos y consistentes pechos, se acercó al neozelandés y lo agarró del pelo, obligándole a levantar la cabeza.

Evan emitió un gemido.

— ¡Cuidado, preciosa, que me haces daño!

— ¿Ronec?

— ¿Cómo dices?

— ¡Balco, unoc, tulpa!

—Lo siento, pelirroja, pero no te entiendo ni jota. ¿No podrías hablar un poco más claro...?

— ¡*Trunac, omec, trunac!* —pareció enfurecerse la mujer-caballo, pues dio un nuevo tirón de pelo al terrestre.

El neozelandés no pudo reprimir un grito de dolor.

— ¡Que me vas a dejar calvo, encanto!

Hermes Ramírez sonrió.

—Parece que la pelirroja la ha tomado contigo, Evan. ¿Qué diablos le hiciste?

Fue Tania Silova quien respondió:

—Saltó sobre su lomo y se agarró de donde Giulio sospechaba que se agarraría.

— ¡Yo no salté sobre su lomo, me envió allí un centauro, de un tremendo par de coces! —explicó el neozelandés.

—Y tú, en vez de bajarte en seguida, te aferraste a su tentador busto —repuso Tapio Viren.

— ¡Para no caerme, sólo por eso! ¡Fue algo instintivo!

—Te mereces lo que te está pasando, Evans —dijo Carla Reimann.

—Sí, yo opino lo mismo —sonrió Tania.

— ¡Haga algo, teniente, por favor! —pidió el neozelandés.

— ¿Qué quieres que haga, Evan? —repuso Rex Taylor, que también sonreía. Estoy atado a un árbol, como todos. Y estas malditas lianas son muy resistentes. Me gustaría evitar que la pelirroja te deje la cabeza como una bola de billar, pero no puedo.

Tania, Carla, Tapio, Hermes y Giulio rieron las palabras del segundo de a bordo de la «Meteor-V».

— ¡A mí no me hace ninguna gracia! —barbotó Evan.

—Te aconsejo que le pidas perdón a la pelirroja, Evan —dijo Rex.

— ¿Cómo voy a pedirle si no entiende nuestra lengua?

—Inténtalo de todos modos.

Evan Robertson rezongó un improperio, pero hizo caso al teniente Taylor y sonrió de la forma más amistosa y más cordial que conocía, resistiendo el escozor que sentía en su cuero cabelludo.

—Siento mucho lo que pasó, preciosa. No era mi intención aprovecharme, me agarré de tus pechos para no darme un batacazo. Por favor, créeme. Quiero ser tu amigo. Amigo de todos vosotros. Y mis compañeros también. Nosotros no somos malos, aunque a vosotros os diéramos esa impresión.

La mujer-caballo, lógicamente, no entendió una sola palabra, pero la amplia y sincera sonrisa del terrestre, así como el tono de su

voz, suave y dulce, tuvieron la virtud de aplacar su furia, y no le dio más tirones de pelo.

— *¿Suco ola tac?* —habló de nuevo en su lengua, en tono mucho menos duro que antes.

—Sí, «suco ola tac» —respondió Evan Robertson, aunque no tenía ni idea de lo que aquellas palabras significaban.

La mujer-caballo le soltó el pelo y sonrió abiertamente.

—*Ramee sula name* —dijo, y se toco el lomo.

—Sí, yo te monté, pero ya te he explicado que…

Antes de que el neozelandés terminara de hablar, la mujer-caballo se volvió e intercambió algunas palabras con sus compañeros.

Las hembras sonrieron, pero los machos continuaron serios, como desaprobando lo que proponía la hembra del pelo rojo. Finalmente tras algunos minutos de discusión, los machos parecieron acceder.

La mujer-caballo de pelo rojo tomó un cuchillo.

Evan Robertson respingó.

— ¡Ha cogido un cuchillo, teniente!

—No temas, Evan —le tranquilizó Rex Taylor—, La pelirroja no te hará ningún daño.

— ¿Está seguro?

—Te ha perdonado, ahora es tu amiga.

— ¿Y para qué quiere el cuchillo?

—Enseguida lo vas a ver.

La mujer-caballo sonrió de nuevo al neozelandés.

—Ramee sula ñame.

—Eso ya lo dijiste antes, monada.

La hembra cortó la liana que mantenía sujeto al terrestre contra

el árbol dejándolo libre.

— ¡Me ha soltado, teniente! —exclamó Evan Robertson gratamente sorprendido.

Rex Taylor sonrió.

—Eres un tipo afortunado, Evan. Has sabido ganarte el corazón de la pelirroja.

— ¿Y qué hago ahora?

—Lo que ella te diga. De ese modo, te ayudarás a ti mismo y nos ayudarás también a nosotros. Con un poco de suerte, dentro de poco estaremos todos libres y charlaremos amistosamente con los centauros.

El neozelandés se puso en pie lentamente.

—*Ramee sula name* —repitió la mujer-caballo, palmeándose de nuevo el lomo.

— ¿Qué me estará diciendo, teniente…?

—Está muy claro, Evan. Quiere que la montes de nuevo.

Robertson dio un respingo nervioso.

— ¿Seguro, teniente…?

— ¿Por qué crees que te ha soltado?

—La otra vez la monté, me lanzó por los aires como si se tratara de un caballo sin desbravar.

—Entonces no erais amigos, Evan.

—Está bien, me arriesgaré a montarla.

—Pero agárrate de otro sitio, Evan —aconsejó Tapio, con maliciosa sonrisa.

—Eso, por descontado —rezongó el neozelandés, y se colocó sobre el lomo de la mujer-caballo.

Ella le miró.

— ¿Sonec pula em...?

—Si muy cómodo, gracias —sonrió nerviosamente Evan, con las manos sobre sus muslos, para demostrarle a la pelirroja que no deseaba aprovecharse.

La mujer-caballo se llevó las manos a los pletóricos senos.

—Sonec pula em, sonec pula em —repitió.

El neozelandés miró a Rex Taylor, más nervioso aún que antes.

— ¿Qué me está pidiendo, teniente...?

—Está clarísimo, Evan. Quiere que te agarres de su busto, como la otra vez.

— ¡Suertudo! —exclamó Giulio.

— ¡La tienes en el bote! —dijo Tapio.

— ¡Puedes hacer con ella lo que te dé la gana! —aseguró Hermes.

Carla soltó un gruñido.

—Qué descaro el de la pelirroja, ¿eh, Tania?

—Desde luego —sonrió Tania Silova.

—Vamos, Evan, no te hagas de rogar —apremió Rex Taylor, divertido.

EL neozelandés estiró lentamente los brazos y sus manos se posaron con suavidad, a la vez que con temor, en los rotundos pechos de la desconcertante hembra, que ella había dejado nuevamente visibles, retirando las suyas.

La mujer-caballo rió, al contemplar las manos del terrestre sobre sus senos desnudos, y se puso a trotar alegremente, dando una vuelta completa en torno a sus hermanos de raza y a los prisioneros terrestres.

—Eso era lo que tú deseabas, ¿no, Evan? —dijo Rex Taylor—, Darte un paseíto a lomos de una mujer-caballo joven y hermosa.

— ¡Y cogido de «ahí»! —añadió Giulio Lualdi.

Todos rieron, incluido el corpulento Evan, mucho más tranquilo ya que antes, a la vista de la encantadora docilidad de la mujer-caballo que le llevaba sobre su lomo.

De pronto, y cuando más confiado y alegre se hallaba el neozelandés, la mujer-caballo realizó una tremenda cabriola y el terrestres salió despedido de forma espectacular, propinándose un morrón de campeonato.

Los centauros, machos y hembras, rompieron a reír.

También Rex Taylor y sus compañeros estallaron en estruendosas carcajadas.

El único que no reía era Evan Robertson, medio atontado todavía por el batacazo. Frente a él, mirándolo burlonamente, la mujer-caballo que lo había derribado se mondaba también de risa.

El neozelandés miró ceñudamente a Rex Taylor.

—Conque la pelirroja y yo nos habíamos hecho amigos, ¿eh, teniente?

El segundo de a bordo de la «Meteor-V» iba a responder, cuando un escalofriante rugido, muy parecido a los que emitiera el monstruoso ser que atacara al grupo de terrestres frente a la cueva en la que se escondiera la mujer-caballo del pelo negro, hizo temblar la tierra.

CAPITULO XI

Se trataba, efectivamente, de otro animalote con aspecto de gigantesco sapo y con toda la parte superior de su rechoncho cuerpo poblada de largas y afiladas púas.

Un bicho idéntico al que Rex Taylor y sus compañeros abrasaran frente a la cueva. Parecía su hermano gemelo.

Aun antes de verlo aparecer por entre los árboles, los centauros, que habían dejado de reír en seco al escuchar el poderoso rugido de la bestia, emprendieron la más veloz de las huidas, conscientes de que no podían hacer frente con éxito a un ser tan peligroso como aquél.

— ¡Desátanos, Evan, rápido! —gritó Rex Taylor—, ¡Tú solo no podrás detener a la bestia, y nos devorará t a todos!

Evan Robertson brincó del suelo, corrió hacia donde se amontonaban los propulsores individuales, las pistolas de rayos láser, y los fusiles de donde pendían los pequeños transmisores con pantalla.

El neozelandés cogió uno de los fusiles y se lanzó hacia el árbol a cuyo tronco permanecía amarrado Rex Taylor. De un solo disparo, cortó la liana que le sujetaba, y el segundo de a bordo de la «Meteor-V» quedó libre.

— Suelta a los otros, Evan! —indicó Rex, corriendo ya en busca de un arma.

Justo en el momento en que empuñaba el fusil, aparee» el aterrador ser por entre los árboles, batiendo sus poderosas quijadas, repletas de escalofriantes colmillos.

Evan Robertson había soltado ya a Hermes Ramírez, y en aquel preciso instante se disponía a cortar la liana que sujetaba a Tapio Viren.

Tania Silova y Carla Reimann, al ver aparecer a la bestia, chillaron, aterrorizadas.

Rex Taylor cogió otro fusil y se lo arrojó al cubano, gritando:

— ¡Suelta a Giulio, Hermes!

Ramírez cazó el arma al vuelo y corrió hacia el árbol al que permanecía amarrado el italiano.

Tapio Viren ya estaba libre.

Rex Taylor le lanzó velozmente un fusil, que el finlandés recogió hábilmente por los aires.

La bestia los atacó, dando ensordecedores rugidos.

Rex Taylor fue el primero en disparar sobre ella, al tiempo que retrocedía con rapidez, consciente de que el rayo infrarrojo haría mucha pupa al anima!, pero no lo detendría,

Hermes Ramírez y Tapio Viren dispararon también sobre el bicho, mientras Evan Robertson soltaba a Tania Silova y Carla Reimann.

Libres ya las dos mujeres, el neozelandés abrió fuego también sobre la bestia, que ya brincaba como loca, abrasado su cuerpo por los rayos infrarrojos.

Giulio Lualdi, en una acción tan arriesgada como audaz, se acercó al montón que formaban los propulsores, las armas y los cintos, para hacerse con un fusil.

— ¡No seas loco, Giulio! ¡Retrocede! —gritó Rex Taylor, porque la bestia se encontraba muy cerca de los propulsores y todo lo demás, y podía despedazar al italiano, si lo descubría.

Giulio no hizo caso y alcanzó un fusil.

En ese preciso momento, el animal lo descubrió y saltó sobre él, dispuesto a comerse a alguien, antes de morir.

— ¡Cuidado...! —chillo Rex.

Giulio se arrojó al suelo y rodó velozmente por él, alejándose de esa manera de la bestia, al tiempo que disparaba sobre ella.

El italiano apuntó a la cara del animalote, consciente de que, si lo dejaba ciego, dejaría de perseguirle.

Y lo consiguió.

Al perder la visión, totalmente abrasados sus redondos y salidos ojos, los bramidos de la bestia se tornaron aún más roncos y desgarradores, y sus saltos fueron aún más increíbles.

Rex Taylor y sus compañeros siguieron disparando sobre el

bicho, cuyo cuerpo era ya una gigantesca llaga.

Poco después, el monstruoso ser dejaba de bramar y de agitarse.

Estaba muerto.

Como ya sucediera frente a la cueva, el hedor nauseabundo que despedía el cuerpo achicharrado de la bestia abofeteó las caras de los terrestres.

Pero a ninguno le importó.

Lo verdaderamente importante era que el terrorífico ser estaba muerto, y no podía causarles ningún daño.

Además ahora estaban libres.

Los centauros habían huido y debían de encontrarse ya muy lejos.

Podían colocarse sus propulsores individuales y abandonar tranquilamente aquel lugar, antes de que los centauros regresasen, para ver qué había sido de ellos, y volviesen a tener problemas.

CAPITULO XII

—Vámonos de aquí —dijo Rex Taylor.

— ¿Volvemos al astronave, teniente? —preguntó Tapio Viren.

—Sí.

— ¿Sin el centauro? —observó Giulio Lualdi.

—Sin el centauro.

—El comandante Zebec montará en cólera... —advirtió Hermes Ramírez.

—No me importa. Hemos estado a punto de morir todos por intentar atrapar un centauro, y no quiero que esta situación se repita. Si el comandante Zebec no cree en la existencia de los centauros, que se dé una vueltecita por el planeta y los verá con sus propios ojos. Nosotros ya los hemos visto. Y hemos luchado con ellos. Nos dieron de pedradas y de coces hasta que nos redujeron a todos.

—Yo tengo una herida en la cabeza —dijo Tapio, llevándose la mano a la parte posterior del cráneo.

—Y yo, otra —rezongó Hermes, tocándose también la testa.

—A mí me duele mucho la espalda —confesó Giulio, con gesto de sufrimiento—. Recibí dos buenas pedradas en ella.

—Yo recibí una en la rodilla, y ando coja —dijo Carla Reimann, masajeándose la pierna lastimada.

—Pues yo no estoy mejor que vosotros —masculló Evan Robertson—. Recibí un monumental par de coces en el trasero y luego fui derribado por dos veces por la pelirroja. La segunda, cuando ya nos habíamos hecho «amigos» —puntualizó, con ironía.

Rex Taylor sonrió.

—No debes guardarle rencor a la pelirroja, Evan. De no ser por ella, la bestia nos habría devorado a todos. Si no te hubiera soltado...

—Eso es verdad, Evan —dijo Tania Silova.

—Sí, lo sé —admitió el neozelandés—. Pero la pelirroja me tomó el pelo descaradamente, y no se lo perdono. Si vuelvo a encontrarme con ella, sabrá quién soy yo.

—Bueno, vámonos ya —apremió Rex Taylor, colocándose el cinto y el propulsor individual.

Sus compañeros le imitaron.

Estaban ya a punto de elevarse todos cuando Rex Taylor descubrió a la mujer-caballo que se divirtiera a costa de Evan Robertson. Se ocultaba tras un árbol de grueso tronco y asomaba ligeramente la cabeza.

—Evan...

— ¿Sí, teniente?

—Tu pelirroja ha vuelto.

El neozelandés dio un respingo.

— ¿Dónde está?

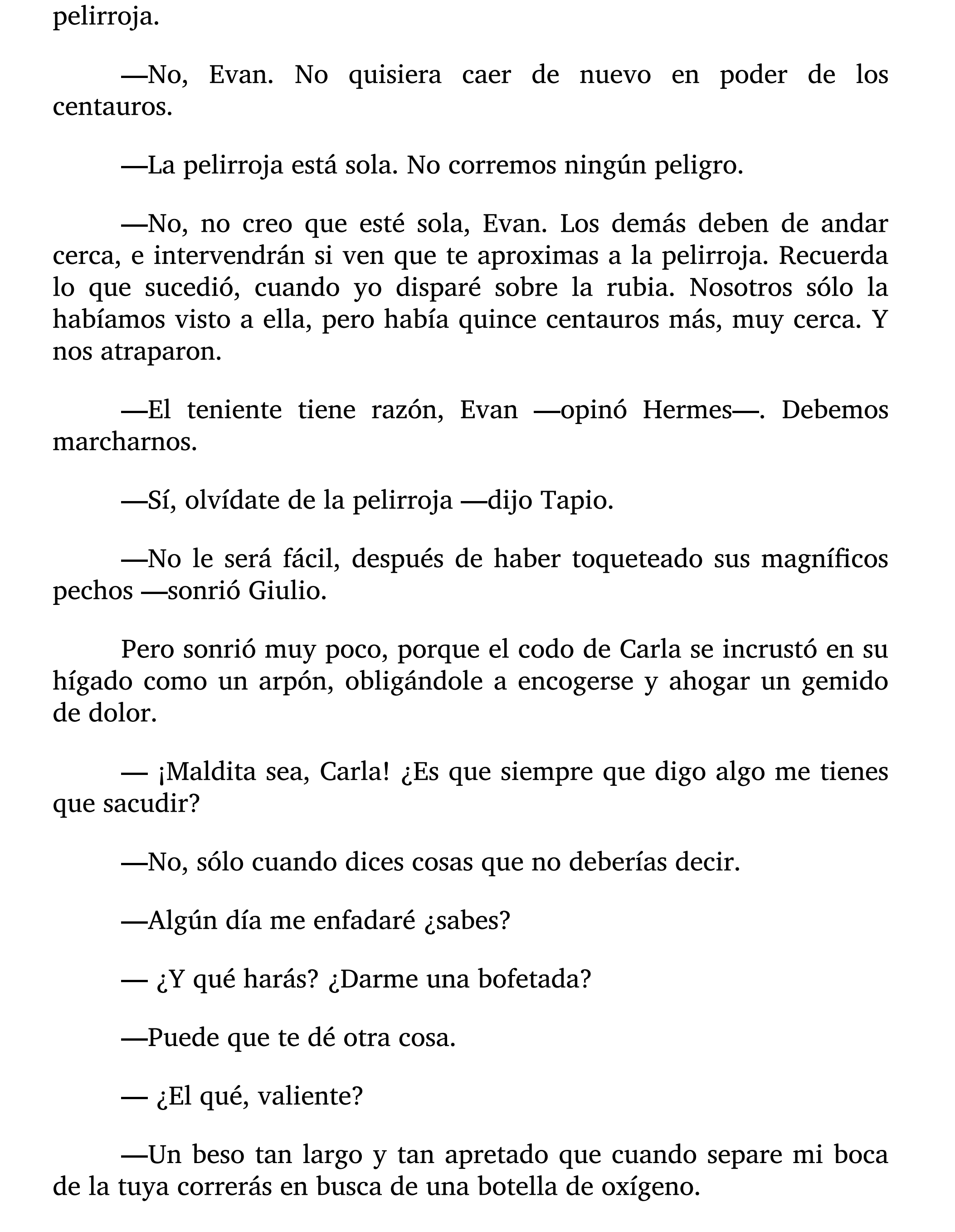
—Allí.

Evan siguió la mirada del teniente Taylor y descubrió a la mujer-caballo. Tania, Carla, Tapio, Giulio y Hermes también la vieron.

El neozelandés apretó los puños.

—Voy por ella, teniente.

—Quieto, Evan.



—Por favor, teniente, déjeme ir. Quiero decirle cuatro cosas a la pelirroja.

—No, Evan. No quisiera caer de nuevo en poder de los centauros.

—La pelirroja está sola. No corremos ningún peligro.

—No, no creo que esté sola, Evan. Los demás deben de andar cerca, e intervendrán si ven que te aproximas a la pelirroja. Recuerda lo que sucedió, cuando yo disparé sobre la rubia. Nosotros sólo la habíamos visto a ella, pero había quince centauros más, muy cerca. Y nos atraparon.

—El teniente tiene razón, Evan —opinó Hermes—. Debemos marcharnos.

—Sí, olvídate de la pelirroja —dijo Tapio.

—No le será fácil, después de haber toqueteado sus magníficos pechos —sonrió Giulio.

Pero sonrió muy poco, porque el codo de Carla se incrustó en su hígado como un arpón, obligándole a encogerse y ahogar un gemido de dolor.

— ¡Maldita sea, Carla! ¿Es que siempre que digo algo me tienes que sacudir?

—No, sólo cuando dices cosas que no deberías decir.

—Algún día me enfadaré ¿sabes?

— ¿Y qué harás? ¿Darme una bofetada?

—Puede que te dé otra cosa.

— ¿El qué, valiente?

—Un beso tan largo y tan apretado que cuando separe mi boca de la tuya correrás en busca de una botella de oxígeno.

—Inténtalo y te machaco lo que tienes de hombre, de un rodillazo.

— ¿Me da su permiso, teniente?

—En otro momento, Giulio —sonrió Rex Taylor—, Ahora tenemos que irnos.

—Eso te libra, Carla —rezongó el italiano.

—A ti, no a mí —repuso ella, desafiante.

—En cuanto lleguemos a la astronave...

—Ya estoy temblando —sonrió burlonamente Carla.

—En marcha, muchachos —indicó Rex Taylor, aferrando con su mano la barra de dirección de su propulsor.

En ese preciso instante, la mujer-caballo pelirroja abandonó su escondite y se acercó al grupo de terrestres, con cierto temor, pero decidida a llegar hasta ellos.

— ¡Mire, teniente! —exclamó Evan Robertson—. ¡La pelirroja viene hacia aquí!

—Sí, ya lo veo.

— ¿Qué diablos querrá? —se preguntó en voz alta Tapio Viren

—Disculparse con Evan, seguramente —dijo Hermes Ramírez, con ironía.

—Muy gracioso —rezongó el neozelandés.

— ¿Qué hacemos, teniente? —preguntó Giulio Lualdi.

—Esperemos a ver qué quiere. Pero, si aparecen sus compañeros y nos atacan, nos elevaremos rápidamente y nos alejaremos de aquí. No quiero pelear de nuevo con los centauros.

—Entendido —repuso Tapio.

La mujer-caballo siguió acercándose con precaución.

Se detuvo a unos cuatro o cinco pasos de la bestia muerta, a la que miró largamente, como sorprendida de que los terrestres hubiesen

podido vencerla con sus armas sin sufrir ninguna baja.

Murmuró algo en su complicada lengua y luego miró a Evan Robertson, al que sonrió.

El neozelandés siguió ceñudo.

La hembra se palmeó la grupa.

— ¿Ramee su la name?

Evan sacudió la cabeza enérgicamente.

—Oh, no, ni hablar de eso —gruñó—. Ya me engañaste una vez, pedazo de zorra. A ti no vuelvo a montarte yo ni aunque me ofrezcan un saco de monedas de oro.

La mujer-caballo pareció comprender que el terrestre estaba enfadado con ella, por lo de antes. Dejó de sonreír y dobló las patas delanteras, quedando arrodillada. Después, inclinó su desnudo torso, hasta que su frente tocó el suelo, apoyando también las manos en él.

Y así se quedó.

Postrada ante Evan Robertson.

Pidiéndole claramente perdón por lo que le había hecho.

Los terrestres se miraron entre sí, sorprendidos.

—Es asombroso... —murmuró Rex Taylor.

—Está pidiendo perdón a Evan... —adivinó Hermes.

— ¿Qué debo hacer, teniente? —preguntó el neozelandés.

—Perdonarla, Evan.

— ¿Y si se trata de un nuevo engaño?

—No, no lo creo —rechazó Rex—, Ahora estamos todos libres, tenemos nuestras armas. Si la pelirroja se ha atrevido a llegar hasta nosotros, es porque realmente quiere ser nuestra amiga. De lo contrario, no se hubiera arriesgado.

—Está bien, la perdonaré. Pero como todo forme parte de un plan para lanzarme de nuevo por los aires, juro que la dejo sin cola.

Rex Taylor y los demás rieron las palabras del neozelandés.

La mujer-caballo, al escuchar las risas, levantó la cabeza y miró a Evan, a quien volvió a sonreír de un modo sencillamente encantador.

Evan Robertson le devolvió la sonrisa y se acercó a ella, tomándola por los hombros, redondos y suaves.

—Arriba preciosa. Estás perdonada.

La mujer-caballo se irguió, muy contenta, y se dio unas palmadas en la grupa.

— ¡Ramee sula name! ¡Ramee sula name! —pidió.

El neozelandés miró a Rex Taylor.

—Quiere que la monte, teniente. ¿Puedo?

—Si, hazlo —autorizó Rex.

—Gracias —sonrió Evan, despojándose del propulsor individual.

Después, montó sobre el lomo de la pelirroja.

No se agarró de su busto, sino de sus hombros.

—Dame un paseíto, preciosidad.

La mujer-caballo empezó a trotar.

Su busto, lógicamente, también «trotó», y los ojos de Rex, Tapio, Giulio y Hermes se clavaron en él, brillando significativamente.

Tania y Carla sintieron deseos de repartir algunos codazos, pero se contuvieron.

Evan, el darse cuenta de que sus compañeros sólo tenían ojos para el exuberante y «trotante» busto de la pelirroja, retiró sus manos de sus hombros y le cubrió los pechos con ellas, rezongando:

—Cochinos mirones...

La mujer-caballo rió, complacida, y siguió trotando alegremente en torno al grupo de terrestres.

Otros centauros se dejaron ver, en pacífica actitud.

Se acercaron a los terrestres, sonrientes.

La mujer-caballo morena, la que se ocultara en la cueva, se aproximó a Rex Taylor, se palmeó la grupa, y dijo:

— ¿Ramec sula name?

— ¡Encantado, preciosa! —respondió Rex, sin dudar.

Se despojó Rápidamente del propulsor y montó a la morena.

Tania Silova lo miró, ceñuda.

Rex carraspeó y dijo:

—Debemos aceptar su amistad, Tania.

—Claro —gruñó ella.

Rex se cogió de los hombros de la hembra, pero ésta, que no quería ser menos que la pelirroja, agarró las manos del terrestre y se las puso sobre los senos, empezando a trotar seguidamente.

— ¡Ha sido ella, Tania, ya lo has visto! —exclamó Rex—, ¡Yo me había cogido de sus hombros!

—Me parece que las centauras son más «eso» que las gallinas, Tania —masculló Carla Reimann, no menos ceñuda que su compañera.

—No me cabe la menor duda, Carla —rezongó Tania Silova. La mujer-caballo rubia, la que dejara inconsciente Rex Taylor con su pistola de rayos láser, se acercó a Tapio Viren y le invitó a subir a su lomo.

El finlandés no se hizo de rogar.

Otra hembra invitó a Giulio Lualdi.

Un segundo después, el italiano estaba sobre su lomo.

Y, al instante, sus manos se encontraban sobre los senos de la mujer-caballo.

Giulio, desde luego no perdía el tiempo.

También Hermes Ramírez fue invitado a dar un paseíto por una de las hembras, y el cubano aceptó encantado.

Tania y Carla no sabían disimular su enfado, pero éste se les pasó de golpe cuando vieron que dos hombres-caballo las invitaban a montar en sus lomos.

— ¡En seguida, guapo! —exclamó la germana, despojándose del propulsor en un santiamén.

— ¡Gracias, precioso! —dijo Tania, despojándose del suyo con idéntica rapidez.

Después, saltaron sobre los centauros y se agarraron de sus poderosos hombros.

— ¡Trota, hermoso! —pidió Carla, dando saltitos de alegría sobre el lomo del hombre-caballo.

El centauro rió y empezó a trotar.

Lo mismo hizo el que había sido montado por Tania.

Así de bien se lo estaban pasando todos, centauros y terrestres, cuando el comandante Zebec y cuatro miembros de la tripulación aparecieron en el cielo, volando con sus propulsores individuales.

CAPITULO XIII

Lucijano Zebec se quedó atónito.

Y lo mismo les sucedió a los cuatro hombres que le acompañaban.

Los cinco interrumpieron su vuelo, quedando suspendidos en el aire, a unos diez o doce metros de altura, sin poder creer lo que sus dilatados ojos estaban viendo.

Pero tenían que creerlo, porque era algo que estaba sucediendo realmente, por muy fantástico que pareciera.

El comandante Zebec sintió que la furia empezaba a apoderarse de él.

Y con razón porque, pese a lo mucho que le dolía la rodilla, había salido con algunos de sus hombres en busca de Rex Taylor y los seis miembros de la tripulación que le acompañaban, creyéndolos en poder de los centauros.

O tal vez muertos.

Asesinados por los hombres-caballo.

¿Y qué se encontraban ahora...?

Pues, a Rex Taylor y sus compañeros dando alegres paseítos a lomos de los centauros, riendo, lanzando exclamaciones de júbilo, sobando los hermosos pechos de las mujeres-caballo, con gran complacencia por parte de ellas.

Tanto se estaban divirtiendo que ninguno de ellos se enteró de que el comandante Zebec y cuatro miembros de la tripulación habían aparecido en el cielo y estaban ahora suspendidos en el aire, contemplando la increíble escena.

Tampoco los centauros habían descubierto la presencia en el aire de nuevos terrestres, pues sólo tenían ojos para los terrestres de abajo, los que participaban en aquella especie de improvisada e insólita fiesta.

El duro rostro de Lucijano Zebec estaba ya amoratado de ira. Una ira que estaba deseando estallar.

Y estalló.

— ¡Taylor! —bramó Zebec, desde el aire.

E! segundo de a bordo de la «Meteor-V» respingó sobre el lomo de la mujer-caballo morena y miró hacia arriba, descubriendo a Lucijano Zebec y los cuatro hombres que iban con él.

— ¡Es el comandante, muchachos! —exclamó, alegrándose de la presencia de Zebec, porque éste ya no podría decir ahora que los centauros no existían.

Tania, Carla, Tapio, Giulio, Hermes y Evan miraron también hacia arriba.

— ¡Hola, comandante! —saludó el neozelandés.

— ¡Nos hemos hecho amigos de los centauros! —exclamó el cubano.

— ¿No decía usted que no existían...? —recordó el finlandés.

— ¡Aquí tiene una manada completa, comandante! —rió el italiano.

Tania y Carla no dijeron nada, pues, por la expresión del comandante Zebec, adivinaban que éste estaba que mordía, aunque ellas no se explicaban exactamente por qué, pues bien a la vista estaba que los centauros eran seres reales, de carne y hueso, que no había sido ninguna broma de Rex Taylor.

Este también empezó a sospechar que Lucijano Zebec estaba que cortaba clavos con los dientes, y se apresuró a soltar los senos de la mujer-caballo morena.

Giulio, Tapio, Evan y Hermes le imitaron, por si acaso era ésa la causa del evidente enfado de su comandante.

Los siete centauros montados por terrestres habían dejado de trotar y miraban también hacia arriba, con cierto temor, por si los cinco terrestres que permanecían suspendidos en el aire gracias a sus propulsores, disparaban sus armas contra ellos.

El resto de los centauros también denotaban temor y estaban prestos a utilizar sus hondas contra

los cinco terrestres que habían aparecido en el cielo.

No les sería difícil derribarlos a pedradas.

Rex Taylor sugirió:

— ¿Por qué no baja, comandante?

— ¡Sí, voy a bajar! ¡Y voy a empezar a retorcer cuellos! ¡El suyo el primero, Taylor! —relinchó Zebec, y accionó la barra de dirección de su propulsor.

Los cuatro hombres que iban con él le imitaron

Se posaron los cinco en el suelo.

Instintivamente, Tapio, Giulio, Hermes, y Evan se rozaron el gaznate con las yemas de los dedos.

¿Sería cierto que el comandante Zebec iba a ponerse a retorcer cuellos, empezando por el del teniente Taylor...?

Este, menos nervioso que sus compañeros, preguntó:

— ¿Por qué está tan furioso, comandante? ¿No le alegra de saber que los centauros existen, y que nos hemos hecho amigos de ellos?

— ¡Me alegro de ambas cosas, sí! ¡Pero me duele la rodilla, y si usted hubiera respondido a mis llamadas, no habría tenido necesidad de venir en su busca! ¡Pensé que los centauros les habían atacado! ¡Que les habían hecho prisioneros! ¡Incluso que le habían matado! ¿Por qué no contestó a mis llamadas, teniente?

—Porque cuando usted llamó me encontraba inconsciente, al igual que los demás, comandante.

Zebec entrecerró un ojo.

— ¿Inconscientes, los siete...?

—Le explicaré lo sucedido, comandante.

—Sí, hágalo. ¡Pero bájese del caballo!

— ¿Del caballo...? —sonrió Rex, acariciando con suavidad el hermoso rostro de la hembra morena.

— ¡De la mujer, quise decir! —rectificó Zebec.

—Tampoco es exactamente una mujer, comandante —Rex palmeó la grupa de la morena.

— ¡Lo que sea, condenación! —ladró Zebec, dando una furiosa patada en el suelo.

Como la dio con la pierna lastimada, lanzó un terrible aullido.

— ¿Qué hace, comandante...? —preguntó Rex.

— ¡Acabo de matar una araña! ¿Pasa algo?

—Nada, nada. Pero, si me lo hubiera dicho, la habría matado yo. Como usted tiene la pierna lastimada...

— ¡Olvídese de la araña y venga esa explicación! ¡Y que sea convincente, o los siete lamentarán haberme sacado de la astronave para nada!

Rex Taylor se lo refirió todo.

Carla, Tania, Hermes, Tapio, Evan y Giulio habían echado pie a tierra, también, poco después de que lo hiciera Rex, por temor a que el comandante Zebec les soltara algún bramido.

La explicación de Rex Taylor pareció convencer a Lucijano Zebec, puesto que la furia de éste remitió notablemente.

—Así que este monstruoso animal estuvo a punto de devorarlos a todos, ¿eh? —murmuró Zebec, posando su mirada en la horrible bestia muerta, que yacía, rígida, y maloliente, varios metros más allá.

—Nos dio un buen susto, sí. Pero acabamos con él lo mismo que acabamos con el que nos atacó frente a la cueva.

—No me extraña que los centauros huyeran, despavoridos, cuando lo oyeron rugir. Con sus rudimentarias armas, no podrían vencer a una bestia tan enorme y tan peligrosa como ésa.

—Por eso creo que nos admiran y desean ser nuestros amigos, comandante. Nuestras armas son mucho más poderosas.

—Bien, opino que...

El comandante Zebec no llegó a decir lo que opinaba, porque, repentinamente, había surgido una verdadera legión de seres muy parecidos a los lagartos, sólo que mucho más grandes.

Sin duda, habían sido atraídos por el pestilente olor que despedía el cadáver de la bestia muerta, el cual venían dispuestos a

devorar.

Y, mira por dónde, se habían encontrado con muchas más cosas que devorar.

Dieciséis centauros...

Doce terrestres...

Todo un banquete.

Los centauros, aterrorizados, porque los monstruosos lagartos formaban un cerco perfecto, y eso les impedía la huida, se aprestaron a vender caras sus vidas.

Los terrestres también entraron en acción.

El comandante Zebec y los cuatro hombres que trajera consigo, pusieron en funcionamiento sus propulsores y se elevaron rápidamente.

Desde el aire, fuera del alcance de las fauces de los horrorosos lagartos, empezaron a disparar sobre éstos con sus fusiles de rayos infrarrojos.

Rex Taylor, Tania, Carla, Tapio, Hermes, Giulio y Evan no perdieron tiempo colocándose sus propulsores, y comenzaron a disparar contra los gigantescos lagartos desde el suelo, lo cual animó no poco a los centauros, porque así no se veían solos en la lucha.

Los centauros empezaron a soltar piedras, y casi todas dieron en las cabezas de los lagartos, dejando tuerto a más de uno.

Los animalotes bramaban de dolor, al ser alcanzados por los rayos infrarrojos o por los pedruscos que lanzaban los centauros, y frenaban su avance,

Pero, como había muchos, otros intentaban llegar hasta sus víctimas, para demostrarles lo fuertes que tenían los dientes.

Los terrestres y los centauros no tenían ganas de demostraciones de aquel tipo, así que siguieron utilizando sin interrupción sus fusiles y sus hondas, achicharrando lagartos gigantes o dejándolos tuertos.

Los lagartos no tenían nada que hacer y cuando lo comprendieron así, emprendieron la retirada.

Los pocos que quedaban con vida, claro, porque la mayoría de ellos yacían en el suelo, abrasados y con los ojos reventados a pedradas.

Al ver que los lagartos huían, los centauros empezaron a dar gritos y saltos de alegría.

Habían salvado sus vidas.

Y las habían salvado gracias a los terrestres.

Ellos lo sabían y como eran unos seres agradecidos, harían cualquier cosa que los terrestres les pidiesen.

EPÍLOGO

La «Meteor-V», reparadas ya todas sus averías se hallaba dispuesta para partir, pero los miembros de la tripulación no sentían el menor deseo de abandonar el planeta de los centauros.

Llevaban cuatro días en el, conviviendo con los centauros.

Y no sólo con los dieciséis que conocieron el día de su llegada, sino con muchos más. Los centauros vivían en grandes cuevas, en grupos de quince o veinte.

Los miembros de la tripulación de la «Meteor-V» lo pasaban fenomenal con los centauros, dando largos paseos a lomos de ellos, bañándose todos juntos en el hermoso lago, haciendo carreras...

Incluso el comandante Zebec, siempre agrio y antipático, se divertía de lo lindo en aquel planeta, y ya no parecía el mismo, pues bromeaba constantemente con los componentes de la tripulación.

Claro que, en esos cuatro días, no todo había sido diversión.

También había habido que hacer frente a algunos peligros, de los que los centauros, de no haber contado con la protección de los terrestres y sus poderosas armas, habrían salido bastante malparados.

Por esta, razón, los centauros tampoco deseaban la marcha de Lucijano Zebec y los suyos.

Pero era inevitable.

La «Meteor-V» debía seguir su viaje de exploración espacial en busca de otros planetas, de otros seres inteligentes, de otras civilizaciones.

Y, al quinto día, la astronave partió.

Pero el comandante Zebec prometió a los centauros que volverían en un futuro no muy lejano a su planeta, llamado Fermo, y pasarían unos días con ellos.

Y no era una promesa falsa.

Lucijano Zebec estaba dispuesto a cumplirla.

También Rex Taylor estaba dispuesto a cumplir la promesa que le había hecho a Tania Silova, tras su primera unión íntima.

Promesa de matrimonio, naturalmente.

Se casarían cuando regresasen a la Tierra.

Y habría otra boda.

La de Giulio Lualdi con Carla Reimann.

Sí, porque el italiano había descubierto que la atractiva germana estaba enamorada de él.

Esa era la causa de tanto codazo.

Y, como a Giulio también le gustaba muchísimo Carla, no lo dudó y le pidió que se casara con él.

Carla se hizo de rogar, pero finalmente aceptó.

Tan sólo un par de minutos después, estaban haciendo el amor.

A Giulio, como recordará, no le gustaba perder el tiempo.

Y, mucho menos, cuando estaba con una mujer...

F I N



Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la

Selección

TERROR

que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA 45 PTAS.

Impreso en España